

**Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima
Programa de Filosofía**

**La necesidad de la “sabiduría” para
vivir como persona en la obra de Jacques Maritain**

Monografía para obtener
el grado de Bachiller en Filosofía,
presentada por
Rafael Alberto Ismodes Cascón

Pueblo Libre, 5 de agosto de 2002

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se inició cuando llegó a nuestras manos un artículo de Jacques Maritain titulado “Filosofar en la Fe”. En éste, denunciaba cómo Occidente ha perdido el sentido de la verdad, y cómo debe recuperarla a través de la vivencia de la filosofía cristiana. Poco a poco esa lectura inicial atrajo nuestra inquietud por el tema y se fue complementando con otras del mismo autor que tenían reflexiones anejas. Finalmente, nos topamos con la distinción maritainiana entre “individuo” y “persona”, cuya conexión con la necesidad de la auténtica sabiduría se nos hizo notoria.

Al mismo tiempo, esta investigación ha sido motivada por la necesidad de encontrar filósofos que puedan orientarnos de alguna manera en este siglo XXI. Creemos que la humanidad vive un estado crítico que necesita de respuestas acordes a sus necesidades. En ese sentido, a nuestro parecer el principal aporte de Jacques Maritain estaría, en primer lugar, en invitarnos a la reflexión crítica sobre nuestra situación actual. En segundo lugar, en su

profundización acerca de la sabiduría, la verdad y su importancia para la vida auténticamente humana. En tercer lugar, en la relación que encuentra entre sabiduría y personalización.

Esta tesina tiene tres grandes partes. En primer lugar presenta lo que Maritain entiende como “sabiduría” y los sentidos inadecuados o menos precisos que ese término puede entender. En segundo lugar, esa reflexión se entronca con una visión histórica de diversos filósofos que han descuidado o pervertido el sentido de la sabiduría, conduciendo a la humanidad a la crisis que hoy experimentamos. En tercer lugar, se presentará la propuesta del “humanismo de la Encarnación”, o de la sabiduría comprendida como unión sin confusión entre fe y razón.

CAPÍTULO I: LA SABIDURÍA

Ante todo, intentaremos esclarecer qué entiende Jacques Maritain por “sabiduría”. Si bien es cierto desarrolla este tema de diversas maneras, donde de manera más sistemática parece encontrarse es en su obra *Los grados del saber*, de donde tomaremos las ideas principales para nuestra exposición.

Antes de entrar propiamente al tema, conviene recordar la veta aristotélica de Maritain. En repetidas oportunidades menciona al Estagirita como aquel que tuvo el mérito de introducir en Occidente el «sentido puro de la verdad especulativa»¹. Es decir, entiende nuestro autor que gracias al filósofo griego Occidente ha sabido orientar su humana dirección hacia la verdad. Utilizando esa categoría, a partir de ella podrá juzgar la situación presente, en donde la filosofía aristotélica ha sido como dejada de lado por una visión más pragmática de la existencia. Salvar ese vacío sin regresar a un pasado ideal, sino asumiendo el reto desde la

¹ Jacques Maritain, *La filosofía en la fe*, en *Ciencia y Sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, p. 81.

riqueza del hoy, será el *leit motiv* de la producción intelectual maritainiana. Remarca especialmente el mérito aristotélico de haber dirigido la luz de las inteligencias hacia la búsqueda de una ciencia pura, casta, «cuyo único oficio y solo fin consiste en discernir lo que es –en ver»² y estar orientada hacia la verdad, cumpliendo con creces, como veremos más adelante con los requisitos de lo que es “sabiduría” para Jacques Maritain.

Siguiendo la postura aristotélica, Maritain nos indica que la “sabiduría” se podría considerar como una de las virtudes de la inteligencia que pertenece al orden especulativo y que, por lo tanto, su único fin es conocer. En ese sentido, categoriza la sabiduría en general como un «saber supremo, de objeto universal, que juzga las cosas por los primeros principios»³. Se complementa aquella categorización distinguiendo ciencia y sabiduría. La primera sería como un tipo de conocimiento que nos hace conocer por demostración, asignando las causas. La “sabiduría”, por su lado, «nos hace contemplar las causas primeras, donde el espíritu posee todas las cosas en la unidad superior de una simple mirada»⁴. De diversas maneras se puede interpretar esta idea central. En su exposición, la dirigirá a tres tipos de sabiduría: la *metafísica*, la *teológica* y la *mística*, expuestas según el grado ascendente de participación del Ser que puedan tener cada una de ellas.

Así, un tipo de sabiduría –aunque el más inferior de los tres– será la *metafísica*:

«Se eleva partiendo de las cosas visibles cuya última razón investiga, y llega al reconocimiento racional de la existencia de Dios, causa primera y autor de la naturaleza. Dios, en efecto, puede ser

² Ibid., p. 81.

³ Jacques Maritain, *Los grados del saber, Tomo II*, Ed. Desclée de Brouwer, p. 12.

⁴ Jacques Maritain, *Arte y escolástica*, Ed. La Espiga de Oro, Buenos Aires 1945, p. 15.

conocido en su existencia y perfecciones, en su unidad y simplicidad, en su distinción real y absoluta respecto del mundo, por la razón que parte de las creaturas –*toi=j poih(masin*⁵– y se eleva por la vía de la causalidad hasta el Principio primero de todo el ser»⁶.

Este conocimiento llamado por Aristóteles *teología natural* constituirá la filosofía primera. No sería propiamente un conocimiento metafórico, sino más bien analógico. Éste se basaría ciertamente en el conocimiento de las cosas creadas que por sí son limitadas, pero trataría de nociones que, si bien es cierto, encuentran su realización en lo imperfecto, no se agotan en esa condición, pues en sí mismas no traen consigo imperfección o limitación, sino todo lo contrario. Maritain dirá que es un conocimiento prismatizado por las criaturas, pero verídico en lo que tiene de eterno.

Esta metafísica es necesaria al ser humano. Siguiendo a Aristóteles, podemos entender que esa búsqueda del “más allá” de lo contingente que tanto ocupó las reflexiones kantianas sin llegar a obtener una respuesta, es consecuencia del *nou=j*, que nos hace ir hacia lo que está “por encima” del hombre. Es como un sello impreso en el interior de cada persona que la lleva a interrogarse por realidades que están en la apariencia pero al mismo tiempo fuera de ella y que, en líneas generales, se puede decir que es «sed espiritual»⁷. Estos interrogantes, entonces, necesitan de respuestas que penetren lo más profundo de la conciencia y sacien esa sed. Habrá diversas maneras de saciarla.

⁵ San Pablo, *a los Romanos*, 1,20.

⁶ Jacques Maritain, *Los grados del saber*, Tomo II, p. 12.

⁷ Ver: Jacques Maritain, *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*; Club de Lectores, Buenos Aires 1981, p. 25.

La presencia o necesidad de ese “por encima” no puede ser resuelto definitivamente con la sabiduría metafísica, pero ésta es el medio humano más proporcionado para llegar a alcanzarlo, pues «es esencial para el hombre aspirar a la verdad; el hombre tiene la capacidad de lograr la verdad por sus propias fuerzas –aunque sea tropezando y zigzagueando en el camino, camino que no tiene fin–, en las cosas que dependen de la experiencia de los sentidos o en aquellas a las que esta experiencia nos da acceso indirectamente»⁸. De esa manera, la sabiduría metafísica proporciona al ser humano algunas respuestas que, por lo limitadas que estas son, no sacian según la hondura de los cuestionamientos, pero sí abren paso a un ejercicio racional que intentará obtener una respuesta más satisfactoria, lo que conducirá a la inteligencia humana en las profundidades de lo misterioso. Por más pobre que sea la respuesta no deja por ello de ser necesaria, sino todo lo contrario. Sin ese primer empuje la humanidad quedaría circunscrita a los límites de sólo lo empíricamente descubierto o conocido, ahogando la necesidad más profunda que el ser humano pueda tener. Y haber caído en ese entrampamiento es el drama de nuestro tiempo, a juicio de Maritain.

En auxilio de esa primera sabiduría viene la segunda, la *teología*⁹, que procede según el modo de la razón, pero está arraigada en la fe, de la que recibe la luz, los principios. Su luz proviene de la de Dios, no es propia. Y tendrá como objeto no a Dios referido por las criaturas, como podría ser en el caso previo, sino la vida íntima de Dios, descubierta a nosotros por una condescendencia divina a través de Su revelación. Sin embargo, este

⁸ Jacques Maritain, *El campesino del Garona. Un viejo laico se interroga sobre el tiempo presente*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1967, p. 138.

⁹ Jacques Maritain, *Los grados del saber*. Ver también: *Cuatro ensayos sobre el espíritu en su condición carnal*, Ed. Club de Lectores, Buenos Aires 1980, pp. 159 ss.

conocimiento, en su excelsitud no sacia plenamente, necesitará de una sabiduría superior: la de quien ve a Dios cara a cara.

La visión beatífica nos conducirá a conocer a Dios *en su esencia misma*, y será el tercer grado de sabiduría que la criatura humana puede alcanzar. Veremos a Dios no a través de intermediarios, sino a Él mismo y nuestra sed quedará colmada. Será conocer a Dios «por experiencia, en el silencio de toda criatura y de toda representación, y según una *manera* de conocer proporcionada, en la medida de lo posible aquí abajo, al objeto conocido»¹⁰. Esto correspondería al orden de la experiencia mística en virtud de la cual hay un nuevo modo de presencia de Dios en quien recibe ese don, que es la habitación de la Trinidad en la persona. No será la presencia común, sino “presencia de inmensidad”, propia de las almas en estado de gracia.

Dediquemos nuestra atención al primer tipo de sabiduría, que es el tema de nuestra tesina. En particular, debemos llamar la atención acerca de la relación íntima que existe entre la sabiduría, la filosofía y la búsqueda de la verdad. Podríamos afirmar que ser filósofo es ser un buscador de la verdad, y el fruto de ésta es la sabiduría.

La crítica que ha recibido la filosofía en este último tiempo sobre su aparente inutilidad, manifestada en el mucho discurrir sin llegar a conclusiones claras, hunde sus raíces en el Renacimiento. Ya Descartes evidenciaba con amarga ironía cómo los filósofos disputaban entre sí sobre temas centrales sin llegar a ponerse de acuerdo prácticamente en nada. Es

interesante descubrir que así lo reconoce también Maritain, quien en vez de encontrar en eso ocasión para sumarse a la crítica, rescata un primer elemento importante de ésta cuando nos dice: «Aunque los filósofos están desesperadamente divididos entre sí en su búsqueda de una verdad superior y todo comprensiva, al menos la buscan, y sus mismas controversias, constantemente renovadas, son un signo de la necesidad de tal búsqueda»¹¹. La inquisición humana en búsqueda de la verdad nos muestra no su imposibilidad, sino más bien su dificultad. Más aún, una visión panorámica de la reflexión filosófica universal mostrará una serie de verdades que forman parte del patrimonio de la humanidad. Podrán ser tal vez utilizados de modos diversos, pero están ahí, mostrando cuán necesario es al ser humano buscar y alcanzar la verdad.

Esta verdad no debe ser explorada por su utilidad: «La filosofía es, esencialmente, una actividad desinteresada, dirigida hacia una verdad amada por sí misma»¹². El sabio no buscará la utilidad del poder o del querer dominar las cosas. Y aunque esto parezca paradójico, su influencia es muchísimo mayor por su adherencia a la verdad que por la búsqueda del poder. Quienes hoy en día pretenderían modificar la realidad haciendo uso abusivo del poder, en realidad están muy desencaminados¹³. El filósofo dirige su mirada a buscar la Verdad, recordando a la sociedad el carácter absoluto e inmutable que ésta tiene y orientando las

¹⁰ Jacques Maritain, *Los grados del saber, Tomo II*, p. 12.

¹¹ Jacques Maritain, *Utilidad de la Filosofía (Tres ensayos)*; Ediciones Morata, Madrid 1962, 1ª. ed., p. 19.

¹² *Ibid.*, p. 22.

¹³ Recuérdense las diversas denuncias que se sintió obligado a hacer Jacques Maritain ante diversos regímenes totalitarios de su época; en particular, contra el régimen marxista soviético o el nazismo alemán. Ver, por ejemplo, *El crepúsculo de la civilización*, Ediciones Quetzal, colección “Nuestro tiempo”, México D.F. 1944; o también: *A través del desastre*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile 1941 (traducción de Luis Alberto Sánchez). Y: *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, entre otros.

preguntas básicas que todo ser humano se hace en su propio interior. Esto no tiene utilidad práctica aparente, pero sí es necesidad apremiante para todo ser humano.

Sócrates será un modelo de esa búsqueda de la verdad que caracteriza al filósofo, a la que debe acompañar tanto la plena libertad de poder escrutar, como la misma libertad en poder criticar o enjuiciar aquello que se oponga tanto a la búsqueda como a la misma verdad. Y como afirma Maritain, “aunque la humanidad le mostró su agradecimiento de un modo bastante extraño”, Sócrates nos revela lo unidos que están verdad, filosofía y sabiduría. Por su parte, como ya se ha mencionado, Aristóteles introduce la gran idea que acompañará Occidente: el *nous* es buscador de la verdad, y ésta la puede encontrar el ser humano, el “amante de la sabiduría”.

Pero quien encarnará de modo más pleno el ideal maritainiano de sabio-filósofo, buscador de la verdad, es Santo Tomás de Aquino. De muchas maneras se dirige al Aquinate, pero tal vez se podría concentrar su reflexión resaltando aquella idea en la que afirma que Santo Tomás tiene la virtud de integrar la realidad, de unificar: «En particular, los principios de santo Tomás permiten comprender cómo, en el nudo inmaterial de las energías del alma, la sabiduría mística y la sabiduría teológica vivifican y fortifican la sabiduría metafísica, del mismo modo que ésta vivifica y fortifica las actividades de la filosofía de menor alcurnia»¹⁴.

14 Jacques Maritain, *De Bergson a Santo Tomás de Aquino. Ensayos de Metafísica y de Moral*, Club de Lectores, Buenos Aires 1946, p. 235.

Llegados a este punto, es necesario hacer una breve reflexión: ¿no estaremos dejándonos llevar por un espíritu de romántica nostalgia al mirar hacia atrás sin poner los ojos en todo lo que después de santo Tomás pueda haber existido? Maritain nos contestará: «La verdad no admite cronología»¹⁵.

¿Cómo evaluar, entonces, el progreso de la verdad para saber si se alcanza, mediante ella, la sabiduría? Es cierto que no debe haber cronología, pero ¿qué sentido tiene esa “sabiduría”? En opinión del Profesor Maritain, se debe hacer una distinción entre el avance propio de la “sabiduría” y el avance particular de la ciencia de los fenómenos, que no es propiamente la “sabiduría”, y así se entenderá mejor su sentido. Al respecto, nos dirá en *Siete lecciones sobre el ser* que debemos distinguir entre “misterio” y “problema”: «Existe un misterio y un problema: un “misterio” por parte de la cosa, por parte del objeto y de su realidad extramental; un “problema” por parte de nuestras fórmulas»¹⁶.

El objeto último de la inteligencia humana es el “misterio inteligible”:

«deviene lo otro en tanto que es otro; trae hacia el seno de su intimidad una realidad inagotable (transobjetiva) vitalmente captada como objeto. El objeto es la realidad misma. De la inteligencia, como de la fe, debe decirse que su acto no termina en la fórmula, sino en la cosa: “*non terminatur ad enuntiabile, sed ad rem*”¹⁷ El “misterio” es su alimento: es ese *otro* al cual asimila».

15 Ver: Jacques Maritain, *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*; Club de Lectores, Buenos Aires 1981, pp. 18 ss.

16 Ibid., p. 20.

17 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.* II-II, 1,2, ad 2.

El objeto propio de la inteligencia es el ser¹⁸. Pero como éste se presenta de muy diversas formas, algunas de ellas demasiadas ricas para nuestra inteligibilidad, nuestra racionalidad no protesta negándose, sino abriéndose a dimensiones más hondas, muchas veces sin poder llegar a abarcar lo que se presenta ante sí. Esto da origen a un proceso de adentrarse en el ser, para lo cual habrá una jerarquía, cuya eminencia se encuentra en el misterio sobrenatural, que es propio de la vida íntima de Dios —a quien nuestra razón no puede penetrar por sus propias fuerzas naturales—. Pero la filosofía es capaz de atisbar ese misterio y de penetrar en el arcano del ser creado, más aún, «una filosofía que no tuviera el sentido del misterio, no sería una filosofía»¹⁹.

Para entender mejor lo que es el misterio, podemos afirmar que —en oposición— el “problema” es creación humana. Puede ser, por ejemplo, un crucigrama, un jeroglífico o un rompecabezas: pertenece más al orden del conocimiento y de la dificultad lógica que a lo propiamente ontológico. Las ciencias de los fenómenos, de lo empírico o la técnica utilizarán sobre todo este tipo de saber, sin excluir el “misterio”. En donde predomina el “problema” se pueden encontrar soluciones definitivas, y una puede seguir a las otras. Es más, la victoria del ser humano es resolver la cuestión planteada. Puede haber una sucesión lineal en esta resolución, y si alguna de ellas es incompleta, se puede encontrar la forma de reemplazarla. ¿De qué característica será este progreso? Procederá fundamentalmente por sustitución:

18 Para ahondar en este punto ver en particular la segunda lección en Jacques Maritain, *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*; Club de Lectores, Buenos Aires 1981, pp. 36-60.

19 Jacques Maritain, *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*; Club de Lectores, Buenos Aires 1981, p. 22.

llenando los vacíos o lo insuficientemente respondido y, una vez que estos han sido ocupados debidamente, el problema ha terminado.

El misterio, por su parte, pertenece a un orden más de «sed espiritual», pues «el espíritu permanece en un punto fijo, gravita alrededor de un centro o más bien penetra más y más una misma espesura»²⁰. De ese modo, el progreso en el misterio no apuntará a llenar un vacío, sino a ahondar en una realidad. De ese modo, ¿dónde radicará la verdadera sabiduría humana? No tanto en los problemas que se van resolviendo, sino más bien en aquellos principios inmutables, permanente buscados por la inteligencia humana, que vienen a ser en su escondida profundidad la condición real e indispensable del verdadero progreso.

Citando al poeta inglés Coventry Patmore, junto con Maritain podremos terminar de redondear la idea acerca del “misterio” y el “problema”:

«Toda vida y todo gozo es movimiento. El del tiempo y el de las almas vulgares es lineal y por tanto con mudanza de lugar; y el bien para ellas es conocido en el ir y venir. Con las almas de gracia no es así; van alrededor de un centro cuyo movimiento planetario es su gozo. Tienen también un movimiento de autorrotación que es su andar. Su propia regularidad les capacita a percibir el orden del universo. Sus oídos con íntimo deleite captan el sonido de las tornantes esferas. Viven en la fruición de la novedad eterna»²¹.

El movimiento lineal, pareciendo el que más avanza, es en realidad casi invariable. El circular encarnará el progreso “por ahondamiento” del misterio ontológico. Tiene como inspiración de fondo la creencia clásica del movimiento circular y su perfección, así como la

20 Ibid., p. 25.

21 Coventry Patmore, *Aphorisms and extracts*, citado por Jacques Maritain en: *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*; Club de Lectores, Buenos Aires 1981, p. 34.

capacidad de mostrarnos que la auténtica sabiduría es la búsqueda de la verdad eterna: conservando uno su propio andar, conservando lo obtenido, pero al mismo tiempo percibiendo en ese mismo ritmo el sonido de “las tornantes esferas”, que lo capacitará para abrirse más a la realidad.

Según esa perspectiva, ante la “sed espiritual” podría haber diversas formas de saciarla: sea a través de la resolución de problemas, que nos darán una saciedad momentánea, o bien a través del adentrarse en el “misterio”. Cuando me interno en él, «me siento refrigerado; pero sin embargo siempre siento sed de lo mismo, *de esto*, de la misma realidad que escudriño y sacia mi deseo. Así me sacio sin fin en la misma fuente siempre fresca; y siempre tengo sed»²². Sin embargo, ahí no debe quedar mi satisfacción: «Tengo sed de ver a Dios», afirmará Maritain, «y cuando le vea, seré saciado plenamente, no tendré jamás sed (...) son estas las aguas de la *Sabiduría* increada...»²³. Existen, entonces, diversos modos de sed. La “sabiduría” que nos invita a vivir Maritain necesita de una apertura al misterio divino, aunque supone de una capacidad racional para descubrir, en lo contingente, realidades eternas.

Finalmente, nos queda preguntarnos ¿Es la sabiduría una ciencia? De algún modo sí y de otro no. Aclaremos que cuando Maritain se refiere a *ciencia* entiende tres posibles significados²⁴, el primero de los cuales será para él el más exacto. En su opinión, se puede hablar de ciencia como «saber de un modo firme y estable», fuera de Dios, pero con un

²² Jacques Maritain en: *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*; Club de Lectores, Buenos Aires 1981, p. 26.

²³ *Ibid.*, p. 26.

²⁴ Ver: Jacques Maritain, *Ciencia y Sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, pp. 28s.

conocimiento e inteligencia preparados para la certeza religiosa y capaces de avanzar en la vía de la verdad: es ciencia en la que cabe la sabiduría antedicha, es «ciencia o saber». En este sentido se puede hablar desde la ciencia de los santos, hasta de la sabiduría de la ciencia.

En segundo lugar, la palabra ciencia podría ser tomada como en oposición a las más altas regiones del saber: como contrapuesta a la sabiduría. Por ejemplo, podremos hablar de ciencia botánica, pero no tanto de sabiduría botánica. En este segundo caso nos referimos a «un saber por el detalle y el condicionamiento próximo o aparente»; es decir, la ciencia o las ciencias particulares, cuyo tema de atención son las causas segundas.

En último término, una acepción que no puede ni debe ser utilizada por la *philosophia perennis* y es vista negativamente por Maritain, es aquella que se emplea entendiéndola no relacionada con un modo de saber, sino con aire de curiosidad, con interés por sólo las cosas creadas, excluyendo por alguna u otra razón toda otra investigación, o el volver la mirada de la razón hacia lo alto. A juicio de Maritain, «más que nunca la ciencia se opone entonces a la sabiduría». Ésta última niega el “misterio” y se dedica sólo a “problemas”. Nunca saciará la sed de misterio cuya satisfacción es la razón de ser última de la inteligencia humana.

CAPÍTULO II: LA SABIDURÍA EN LA HISTORIA

2.1 La “sabiduría” en el mundo precristiano.

Opina Maritain que el mundo precristiano siempre entendió la sabiduría como una ciencia, un saber, una perfección intelectual, como algo grandemente deseable y sin que las ciencias particulares pudiesen abarcarla por entero, a diferencia de nuestros días. Ese mundo ha visto una suerte de *competencia de sabidurías*²⁵ entre la India, el mundo griego y el judaísmo. Veamos más en detalle este punto.

En primer lugar, la India ha considerado a la sabiduría como una liberación y salvación de orden horizontal. Muestra de esto es que sus enmarañadas consideraciones filosóficas nunca han llegado por entero a un modo especulativo puro, pues sus reflexiones se han

²⁵ Ibid., p. 29.

dirigido más bien a una ciencia práctica de perfección, de santidad sin el auxilio de la gracia o de una razón superior. En particular, el sabio hindú es el asceta, el místico que conquista mediante un exigentísimo esfuerzo horizontal su propia perfección. Es un movimiento ascensional por el que el hombre quiere alcanzar –por sus propios medios– la libertad más plena.

Por su parte, la sabiduría griega es una sabiduría de razón, una sabiduría de la tierra, «una sabiduría racional y orientada hacia lo creado»²⁶. Constituida no sobre el fondo de las tradiciones sagradas y sacerdotales como en la India, sino fuera de ellas –y en ocasiones contra ellas–, no parte del Ser Supremo, sino de la realidad visible, del devenir, del movimiento. Definiéndola simbólicamente, Maritain afirmará que esta sabiduría tiene *las medidas del hombre*: nos conduce a un conocimiento racional del universo y encontrará en Aristóteles su culmen²⁷. Es una filosofía que buscó y bosquejó respuestas, pero nunca pudo completarse saciando plenamente el hambre de verdad de quien interrogaba. Y cuando quiso perfeccionarse por sí sola, sin ayuda ninguna fuera de sí, labró su ruina. A pesar de todo, su grandeza estribaría en la apertura a lo que racionalmente pudiera superarla, que se convierte en apertura al Misterio de la vida divina.

Existe una tercera sabiduría: la de Moisés y los profetas, la del Antiguo Testamento. Es una sabiduría «de salvación y santidad, de liberación y de libertad, de vida eterna»²⁸ que –a

26 Ibid., p. 33.

27 Ver en Jacques Maritain, *Theonas, Conversations of a sage*, Books for Library Press, Freeport, New York, reprinted 1969, pp. 17ss.

28 Jacques Maritain, *Ciencia y Sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, p. 36.

diferencia de la India– no se consigue en primer lugar mediante el severo esfuerzo ascético personal, sino que ella «debe darse, ella misma debe descender y romper las puertas del cielo»²⁹. Entonces, es una sabiduría otorgada por Dios al ser humano: es suprafilosófica, suprametafísica, divina. En ella la sabiduría de los filósofos encuentra plenamente su sentido, su naturaleza, la verdad e incluso sus limitaciones. Para ello, es preciso reconocer que existe un orden de prevalencia en el que se evidencia que la ciencia humana es buena y es, en realidad, dependiente de la sabiduría divina.

2.2 El sentido de “sabiduría” de la primera filosofía cristiana

Si el mundo antiguo fue de *competencia* de las sabidurías, el mundo cristiano lo será de la *síntesis* y de la acertada comprensión de la «jerarquía de las sabidurías». El gran adelanto de la civilización medieval fue conocer y entender la realidad según el orden de esa sabiduría: esa fue su gloria. Es la «ley de la Encarnación»³⁰. Por esa ley encuentra Maritain un doble movimiento en el ser humano y en el universo cristiano, según la cual el acto creador de Dios se dirige al hombre y éste responde no sólo mirando exclusivamente a Dios, sino también mirando a Dios presente en el otro; habrá un movimiento vertical y otro horizontal conjugados armoniosamente, como se verá más adelante. La cultura medieval vivirá obedeciendo a la ley de la Encarnación, en virtud de la cual la sabiduría mística, teológica y metafísica será una, pero distinguible al mismo tiempo en áreas diversas. En particular, entre

²⁹ Ibid., p. 36.

la teología y la filosofía se posibilitó una relación de unión sin confusión, de complementariedad. La contemplación “activa” a la teología y ésta, a su vez, motiva a la filosofía a buscar más adentro, más allá de sus límites racionales.

Esa visión de la realidad será el eje de comprensión del humanismo medieval. El hombre de la llamada “edad cristiana” piensa en cristiano y elabora una filosofía cristiana que iluminará todas las realidades temporales, al tiempo que es iluminada por la teología. Sin embargo, el hombre medieval no estaría dedicado al estudio sobre sí mismo y el mundo circundante como primer campo de atención. Más bien, su mirada estaría continuamente centrada en lo Alto, y hacia ello apuntarían todas las reflexiones emprendidas y las obras realizadas. Al hombre medieval le interesaría “ver las cosas, contemplar el ser”³¹, ciertamente, pero su actitud contemplativa, indicará el profesor Maritain, va gestando en esa época un estilo propio, caracterizado «por la *sencillez inadvertida e irreflexiva* con que el hombre responde al movimiento de efusión de Dios»³².

De esa manera, se generaría una actitud pueril ante algunos campos de las ciencias humanas. La *inocencia* del hombre del medioevo –afirmará Maritain– consistía en creer a Dios sin preguntar nada. Toda la cultura estaba impregnada de la vida religiosa y había una comprensión de la realidad que excedía los límites temporales, llenando de sentido los momentos más cotidianos y los más intensos del ser humano de aquella época:

³⁰ Ibid., p. 40.

³¹ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, pp. 18-19.

³² Cf. *Science et Saggese*, capítulo III.

«Todo lo humano aparecía así bajo el signo de lo sagrado, ordenado a lo sagrado y protegido por lo sagrado, en tanto, al menos, cuanto el amor lo vivificaba. ¡Qué importaban las pérdidas, ni los desastres, si se realizaba una obra divina en el alma bautizada! La criatura estaba duramente lacerada y, con ello magnificada, se olvidaba por Dios»³³.

Sin embargo, por esa vocación humana a buscar la verdad, –paradójicamente– esta aproximación poco a poco fue mostrándose como aparentemente insuficiente para el ser humano. A pesar de sentirse protegido por Dios, esto no fue obstáculo para sentirse al mismo tiempo como maniatado por la acción divina. Y esta sensación torpemente comprendida encontró su culmen cuando el ser humano tomó mayor conciencia de su propia dignidad e inició el intento –nefasto a la postre– de emanciparse de Dios, con la idea de haber sido “humillado” por Dios en el período pasado. Todo el movimiento de glorificación de Dios se trastocó en la búsqueda de la gloria del hombre, excluyendo a Dios.

Toda esta perspectiva primera podría ser denominada *teocéntrica*: es decir, como un movimiento en el que Dios se dirige al hombre y éste responde según el Creador va llamando. A juicio de Maritain, siempre será importante reconocer que el movimiento primero viene de Dios. Este movimiento fue totalmente trastocado: a partir del siglo XVI «todo este orden intelectual ha quedado quebrantado. El mundo moderno, entiendo por éste al que acaba de pasar ante nuestros ojos, no ha sido el mundo de las armonías de las sabidurías, sino el de *conflicto de la sabiduría y de las ciencias* y el de la *victoria de la ciencia sobre la sabiduría*»³⁴. La causa por la cual la humanidad ha perdido su rumbo está contenida en ese sometimiento de la sabiduría a la ciencia “positiva” y sus consecuencias las experimentamos

³³ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, p. 21.

hoy. El ser humano ha quedado deslumbrado por los numerosísimos adelantos científicos o tecnológicos y ha caído en un dinamismo de autocontemplación, dejando de lado el movimiento original de respuesta a Dios. Esto ha tenido consecuencias catastróficas para el mismo ser humano.

La causa de este doloroso fenómeno la encuentra Maritain en la crisis averroísta del siglo XIII, por la cual el pensamiento medieval no fue capaz de superar el mito de la doble verdad y ocasionó una ruptura entre fe y razón, o mejor dicho, entre el hombre y Dios. En la perspectiva averroísta se podría hablar, pues, de una doble verdad: una natural y otra sobrenatural. Aquí podría estar el hombre natural, con su sabiduría mundana que lo conduce en medio de lo que podríamos denominar “lo horizontal”; y aquí también –al mismo tiempo– el mismo hombre, pero esta vez místico, religioso, de fe, con una sabiduría venida de lo alto o “vertical”. Aún así se alterase el principio de no contradicción, y la sabiduría venida de lo alto le mostrase algo contradictorio con respecto a lo horizontal, ambas realidades podrían ser vividas al mismo tiempo y en el mismo sentido. Este ser humano podría vivir su existencia desdoblado en ambos intereses en ocasiones contrapuestos³⁵. Nos dirá Maritain:

«Se llega, entonces, en el orden práctico y moral, a esta concepción, de la que no está exento el pensamiento político de Dante³⁶, según la cual el hombre y la vida humana se ordenan simultáneamente

³⁴ Jacques Maritain, *Ciencia y sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, p. 47.

³⁵ *Ibid.*, p. 47.

³⁶ El bien de la “vida civil” o de la civilización es un fin último *en un orden dado*, en el sentido temporal o de las virtudes adquiridas (cf. Santo Tomás de Aquino, *Sum. Theol.*, I-II q. 65, a.2; *De virt. cardin.*, a .4 ad 3), más no *absolutamente*; y, por su subordinación al fin absolutamente último, es decir, a la vida *eterna*, este fin relativamente último y el mismo orden temporal se encuentra intrínsecamente realizados. A pesar de una reserva indicada (bien que ligeramente) en las últimas líneas resulta que, en el tratado *De Monarchia*, Dante ha tratado el fin del orden temporal o político como un fin absolutamente último (cf. libro III, cap. 16); el reproche de averroísmo que Gilson le dirige a este respecto, parece, pues, justificado.

a dos diversos fines absolutamente últimos: un fin último puramente natural, de prosperidad perfecta aquí abajo; y un fin último sobrenatural, de beatitud perfecta en el cielo.

Así, por una sagaz división del trabajo que el Evangelio no había previsto, el cristiano podrá a la vez servir a dos señores: Dios para el cielo y Mammon para la tierra; y repartir su alma entre dos obedencias, absolutas y últimas cada una de ellas: la de la Iglesia, para el cielo y la del Estado para la tierra.

Nos encontramos también aquí frente a una dicotomía mecánica que substituye a una subordinación orgánica. El hombre, tal como lo concebía la cristiandad medieval, se ha desdoblado: por una parte, un hombre de pura naturaleza, que sólo necesita de la razón para ser perfecto, sabio y bueno, y para ganar la tierra; por otra, una envoltura celeste, un doble creyente asiduo en el culto, que ruega al Dios de los cristianos, que cubre y acolcha con el plumaje de la gracia al hombre de la pura naturaleza y le hace capaz de ganar el cielo»³⁷.

Siglos más tarde, Descartes no habría hecho sino cosechar lo sembrado por Siger de Brabante –principalmente–, hasta el punto de atacar la secular consideración de la teología como ciencia superior y adjudicarla a la tutela de la metafísica. De este modo, el orden de las sabidurías ha sido alterado y en adelante la filosofía ya no será vista como un punto de llegada de la observación y las preguntas que se bosquejan en la racionalidad humana, sino como el inicio de todo humano conocimiento, al modo como Dios mira todas las cosas. Será una filosofía “angélica”, parafraseando la crítica maritainiana a Descartes, pues el sistema cartesiano implicará entender que la filosofía es la primera ciencia tanto en el orden de importancia como en el orden de gestación. Finalmente Maritain llamará la atención sobre una curiosa coincidencia: «Es muy significativo que el reino de la ciencia divinizada y el reino del dinero hayan tenido su primera aurora anunciadora a la misma hora, en la mañana del mundo moderno»³⁸.

³⁷ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, pp. 26-27.

³⁸ Jacques Maritain, *Ciencia y sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, p. 49.

2.3 El humanismo antropocéntrico: confusión de la “sabiduría”.

Lentamente, pues, irá infiltrándose con mayor o menor intensidad la idea de una posible existencia dividida. Sin embargo, esa opción no durará mucho y el anhelo heroico³⁹ impreso en el corazón del ser humano clamará por un nuevo tipo de heroísmo, por la valentía de vivir autárquicamente, creyendo que esa doble verdad era en realidad creación del mismo ser humano. Así, el hombre se fue “independizando” de Dios. Se originó una nueva manera de concebir la realidad que es llamada el “vuelco antropocéntrico”, y consiste en dejar de lado a Dios y ocupar el hombre el puesto vacío, como señalamos más arriba.

Desde ese giro, el ser humano tuvo una explosión racionalista, creyendo que podría encontrar un sentido a su existencia supliendo el rol que Dios antes ocupaba. De ese modo:

«a partir del Renacimiento el hombre comenzó a conquistar la conciencia de su propia dignidad y a fundarla en virtud del solo esfuerzo de su razón, mientras se libraba, al mismo tiempo, de las viejas estructuras del mundo y de todas las disciplinas y autoridades que, en nombre de Dios, se le revelaban como la base de tales estructuras»⁴⁰.

El hombre fue quedando aislado de Dios. Este nuevo humanismo tendrá como característica no el ser propiamente humanista, sino más bien el de ser antropocéntrico. A juicio del filósofo francés, esa aproximación será funesta para el mismo hombre. Ese humanismo ha devenido en despersonalización, masificación, olvido de la dignidad del ser

³⁹ Ver más desarrollado este punto del «anhelo heroico» en: Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, especialmente en la Introducción, de donde extraemos la siguiente idea: «Nada hay en el hombre que desee tanto como la vida heroica; y nada es en el hombre menos corriente que el heroísmo».

humano y mayor opresión del que fuera invitado a vivir en “libertad, igualdad y fraternidad”. Maritain propondrá como hitos de esa deshumanización a “tres reformadores”: el proceso individualista generado por Lutero y la revuelta protestante, el racionalismo cartesiano y el liberalismo rousseauiano. Estos tres “reformadores” configuran la mentalidad de la civilización hasta el siglo XX. No serán estos los únicos, pero sí podrán ser vistos como el trípode en el que se yergue el giro antropocéntrico. Ahora bien, ese cambio traerá graves consecuencias en la autocomprensión del hombre, pues en lógica consecución, se sumará la comprensión biológica del hombre presentada por Charles Darwin y el psicoanálisis freudiano que dejado a merced de sus criterios meramente tanáticos o sexuales fragmentan al ser humano y le impiden una adecuada respuesta a la pregunta por la propia identidad. Por esta razón, el hombre contemporáneo ha caído en peores niveles de los que anteriormente pudo estar. La sabiduría se vuelve en ciencia, y la ciencia se transforma en sólo tratado de lo mensurable. De este modo, el hombre pierde de vista su identidad, su destino y cava un proceso de deshumanización. Sabiduría y humanización van unidas, así como pérdida del sentido de lo sobrenatural y deshumanización van de la misma mano. A continuación daremos un vistazo a estos autores, desde la perspectiva maritainiana.

El primer actor de este drama de ideas es Martín Lutero. Es presentado con crudeza por Maritain. Nos dirá:

⁴⁰ Jacques Maritain, *El alcance de la razón*, p. 150.

«(Lutero) Se encierra para siempre en su yo, renuncia a cualquier otro apoyo que no sea suyo, erige en doctrina lo que es ante todo la catástrofe de su perfección personal, sitúa el centro de su vida religiosa no en Dios sino en el hombre»⁴¹.

El error del “reformador” religioso consistirá en el recurso al individualismo egoísta. Sumido el monje agustino en profundas angustias nacidas de su inseguridad acerca de la posibilidad de obtener la salvación, opina Maritain que aquél encuentra el único refugio no en Dios, sino en sí mismo. La visión religiosa que nace de esa idea cubrirá transversalmente la historia del Occidente cristiano posterior al siglo XVI, hasta convertirse en una de las raíces del individualismo contemporáneo:

«En último término corresponde al hombre operar por sí mismo su redención, obligándose a una confianza ilimitada en Cristo. La naturaleza humana habrá pues de rechazar como un vano accesorio teológico la túnica de una gracia que nada significa para ella, y concentrar en sí su fe confiada. De este modo vendrá a convertirse en esa hermosa bestia en libertad cuyo infalible continuo progreso encanta al universo actual.

Presenciamos así en la persona de Lutero y en su doctrina —en el orden mismo del espíritu y de la vida religiosa— *el advenimiento del yo*»⁴².

La consecuencia de este complejo proceso para la filosofía será nefasta. A más de eso —seguirá diciendo Maritain acerca de Lutero—, ha declarado la guerra a la razón y especialmente a la filosofía. Lutero, siguiendo las pautas de la filosofía ockhamiana en que se educó, entenderá que la razón sólo tiene valor para lo práctico: dictar leyes, ordenar lo mundano, o tal vez indicar cómo se debe comer o vestir, etc. En el campo espiritual, lo racional no sólo será ajeno sino —dirá el “reformador”—, que la razón es “ciega y anda en

⁴¹ Jacques Maritain, *Tres reformadores, Lutero, Descartes, Rousseau*, Ed. Difusión S.A., 2ª. Ed., Buenos Aires 1968, p. 18.

⁴² *Ibid.*, p. 27.

tinieblas”⁴³ y es más, «es la p... del diablo. Sólo es capaz de blasfemar y de deshonrar cuanto Dios ha dicho o ha hecho»⁴⁴.

De ese modo, Martín Lutero será la base del individualismo contemporáneo que sólo pone sus ojos en las realizaciones materiales y va descuidando el real sentido de la sabiduría cristiana. Desprendido del aparato de la gracia, del “inútil” revestimiento de la fe, el ser humano dedicará sus esfuerzos racionales casi exclusivamente a la obtención de bienes y servicios que lo ayuden a vivir en mejores condiciones. Por la visceral reacción del alemán, la humanidad se dirigirá con mayor firmeza al individualismo y a la exclusión de Dios. Siendo la ciencia sólo de lo mensurable, y lo teológico irracional o metarracional, quien se acerque a la fe desde la perspectiva luterana supondrá un desprecio de la antigua sabiduría griega, así como de la metafísica cristiana que empleó algunas de sus categorías. En particular, las baterías luteranas se dirigirán contra la Escolástica tomista y renegarán de la “sabiduría” como ciencia de Dios.

Descartes, por su parte, será presentado como un hombre que tiene el pecado del *angelismo*:

«convierte al Conocimiento y al Pensamiento en una Perplejidad irremediable, en un abismo de inquietud, porque concibió el Pensamiento humano conforme al tipo de Pensamiento angélico. Para decirlo en dos palabras: *independencia frente a las cosas*, he aquí lo que vio en el pensamiento del hombre, y lo que plantó en él, he aquí lo que reveló del pensamiento a él mismo»⁴⁵.

⁴³ Ibid., p. 46.

⁴⁴ Ibid., p. 46.

⁴⁵ Ibid., p. 69.

Maritain denuncia un doble problema en su compatriota: por un lado, el voluntarismo; por otro, el irracionalismo. En el primer caso explica Maritain que Descartes cree que el ser humano, más que *asentir* a una idea, *consiente* ideas. Es decir, su afirmación sobre tal o cual punto y la veracidad que ésta pueda incluir no están dadas por la adecuación a la realidad (que especialmente en los fenómenos sensibles se hace imposible para Descartes), sino por el asentimiento de la voluntad: «consiste el juicio en una decisión del querer que acaba de *consentir* una idea, como representación fiel de lo que existe o puede existir»⁴⁶.

En el segundo caso, continuando con la crítica a Descartes, explicará Maritain que aquél tiene dos formas de razonar: intuición y deducción de lo intuido. Sin embargo, la intuición no va a pasar por los sentidos, sino será –en teoría– asépticamente racional. Esta razón no puede dejarse llevar por el silogismo tradicional, como es explicado en las *Reglas para la dirección de los espíritus*, sino que será iluminada por la claridad con que se percibe y la respectiva aprobación de la voluntad. De este modo, se ha dejado de lado el silogismo. Este pecado contra la filosofía realista no es perdonado por Maritain, quien evidencia una paradoja del sistema cartesiano: «Y así, por una curiosa aventura, el primer paso del racionalismo consiste en desconocer la razón, en violentar su naturaleza, en negar las condiciones normales de su actividad. (...) Todo se reduce a una simple mirada»⁴⁷. En consecuencia, dado que el silogismo pareciera haber perdido su validez, nos muestra Maritain que el pensamiento cartesiano necesita encontrar un punto de apoyo superior a la intuición del *cogito*, pues éste es incapaz de sostenerse por sí mismo. Y la solución es encontrada por Renato Descartes en la

⁴⁶ Ibid., p. 72.

⁴⁷ Ibid., p. 72.

idea de Dios. Desde ese momento, Dios será el supremo fiador de la razón geométrica y de la ciencia. La idea que Dios tenga acerca de todas las cosas será la más clara de todas. Al mismo tiempo, la idea que el ser humano tiene de Dios será la más clara de las ideas humanas. Sin embargo, eso no quiere decir que Dios sea fácil y diáfananamente escrutable, cognoscible. Todo lo contrario, el ser humano descubre su límite cuando ve que la mayor, la más clara y distinta de sus ideas, en realidad, suele ser la que con mayor confusión entiende dada la divina impenetrabilidad. Los actos divinos no sólo serán entonces herméticos casi en su totalidad, sino que no pueden estar sometidos al burdo silogismo humano –como ya se ha visto–, de modo que no hay realmente bien o mal morales, sino “voluntad de Dios” que rige caprichosamente los destinos del ser humano: «Dios obra por una pura plenitud de eficiencia, sin ordenar las cosas a un fin; y su libertad despótica, lo mismo que habría podido hacer círculos cuadrados y montañas sin valles, regula el bien y el mal por un acto arbitrario»⁴⁸. Al respecto, Maritain denunciará también en Descartes a un iniciador del agnosticismo contemporáneo pues sus ideas abrirán las puertas para hablar no sólo de un Dios que juega con el ser humano, sino también acerca de la imposibilidad de la razón humana para llegar a Dios y acoger el misterio⁴⁹. En consecuencia:

«La reforma cartesiana no es sólo el manantial del torrente de ilusiones y de fábulas que pretendidas claridades inmediatas han arrojado sobre nosotros desde hace dos siglos y medio; también es responsable en gran parte de la gran futilidad del mundo moderno, de esa extraña condición en que vemos a la humanidad, tan poderosa sobre la materia, tan hábil y astuta para dominar el universo físico, cuanto débil y desorientada ante las realidades inteligibles a las cuales la asociaba en otras épocas la

⁴⁸ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, p. 34.

⁴⁹ «Descartes y toda la filosofía racionalista surgida de la revolución cartesiana, han impuesto una enemistad insuperable entre la inteligencia y el misterio, y es éste el origen más profundo de la *inhumanidad* fundamental de la civilización racionalista» (Jacques Maritain, *El humanismo de Santo Tomás de Aquino*, en *De Bergson a Santo Tomás de Aquino. Ensayos de Metafísica y Moral*, Club de Lectores, Buenos Aires 1946, p. 232).

humanidad de una sabiduría sometida al ser. La humanidad para luchar contra los cuerpos está equipada como un Dios, para luchar contra los espíritus, ha perdido todas sus armas y las leyes sin piedad del universo metafísico la roen burlescamente»⁵⁰.

De esta manera, la sabiduría griega que se asentaba en el conocimiento de lo real, será ahora restringida, y lo real será lo subjetivo, aquello que sea conocido de manera clara y distinta por la razón, sin que los sentidos puedan intervenir. Una vez más se socavarán las bases de la sabiduría filosófica y teológica.

Sin mencionar explícitamente a Lutero y Descartes como autores intelectuales, Maritain critica también el “mito del progreso” que se ha difundido en Occidente, según el cual todo el universo está sometido a leyes que lo obligan no sólo a estar en permanente cambio, sino también a dejar de lado lo pasado como malo, procurando obtener sólo lo por venir como lo único bueno. El individualismo luterano sume a la persona en la búsqueda de su bien independientemente de los demás. Si a eso se suma la perspectiva dicotómica cartesiana, según la cual la razón debe aplicarse a la técnica y dominar la naturaleza, se entenderá que el progreso será visto ante todo como evolución material o mejor aún, como evolución tecnológica. Maritain criticará abiertamente este “mito” y lo declarará tan contradictorio como un círculo cuadrado, y dirá que que el mito del progreso necesario confunde lo nuevo con lo perfecto. Según nuestro autor, se evidencia algo de su raíz cartesiana pues es un excelente

⁵⁰ Jacques Maritain, *Tres reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau*, Ed. Difusión S.A., 2ª. Ed., Buenos Aires 1968, p. 94-95.

ejemplo de una “pseudo-idea”, o una idea que es clara en la imaginación, pero absurda en sí misma. Y es absurdo creer en ella⁵¹.

En la perspectiva maritainiana, Rousseau vendría a ser el gestor de un “cristianismo corrompido”⁵² que tendría como piezas centrales de su sistema el ataque a la inteligencia y la voluntad, con el consiguiente rompimiento definitivo con la “sabiduría” tradicional y las consecuencias negativas que para la misma ciencia positiva traerá aquella postura. Afirmará Maritain que Rousseau desnaturaliza las grandes verdades del cristianismo y las transforma en ideas que fermentan el pensamiento del hombre contemporáneo. El ataque de Rousseau a la sabiduría lo será también a la ciencia de las causas segundas, de modo que se convertirá más bien en un adelantado de lo que ha experimentado el hombre del siglo XX: la pérdida del sentido de lo racional y el abuso de la voluntad, hasta deificarla.

Nos dice Maritain que así como una verdad superior contiene virtualmente en sí aquellas que le son subordinadas, y si aquella se remueve todo el edificio lógico cambia, de modo análogo Rousseau ataca algunos dogmas centrales y destruye el sentido de la fe cristiana. Las dos verdades centrales atacadas por el ginebrino serán, en primer lugar, que la razón es capaz de alcanzar la verdad⁵³, indicando que –más bien– el fruto de la razón produce sólo corrupción en el ser humano. En segundo lugar, dirá que la conciencia es infalible, que el hombre es bueno y sólo debe obedecer lo que su conciencia, a través del sentimiento, le

⁵¹ Jacques Maritain, *Theonas, Conversations of a sage*, Books for Library Press, Freeport, New York, reprinted 1969, pp. 105-128.

muestra. Aquello que el hombre rousseauiano “sienta” como bueno, bueno será⁵⁴. De ese modo la voluntad humana no necesitará de la verdad para obrar el bien, sino será independiente de ésta superior a ella.

No habrá mayor criterio para evaluar la realidad que el propio sentimiento. Lo verdadero lo será en virtud del sentimiento que se posea, más que en virtud de la adecuación a la realidad. No se busca tanto la objetividad del conocimiento y por ende de la fe, cuanto la certeza interior y la tranquilidad que esto puede ofrecer a la persona como beneficio.

Dos críticas recibirá Juan Jacobo Rousseau de Maritain. En primer lugar, el ser *pragmatista*: no buscaría la verdad “fría” de bloques lógicos, sino una verdad “cálida” que sea útil a la persona, en beneficio del ser humano. Despojada de su ser “sabiduría” la verdad se transformará en objeto de gusto y disgusto de la persona. En segundo lugar, criticará el que el pensamiento rousseauiano sea *inmanentista*: Dios se podría manifestar al hombre, pero sin que la persona se eleve hacia Dios, sino como teniendo a Dios en el camino. Estaríamos hablando de un Dios natural, opuesto en ese sentido a la revelación, al dogma.

Rousseau encuentra el culmen del proceso antropocéntrico que lidera precisamente cuando “santifica el rechazo a la gracia” y deriva el hambre de eternidad y verdad en el ser humano hacia lo “infinito de la materia”, de modo que el hombre debe limitarse a buscar una

⁵² «La característica de Rousseau y de los verdaderos rousseauianos es ésta: depravadores de verdades consagradas» (Jacques Maritain, *Tres reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau*, Ed. Difusión S.A., 2ª. Ed., Buenos Aires 1968, p. 160).

⁵³ «Jamás la jerga de la metafísica ha descubierto una sola verdad» (Ibid., p. 167, citando al *Emilio* de Rousseau).

felicidad terrenal, en los límites de su contingencia y materialidad. Ésta será aún más limitada de lo que parece, pues estará restringida al yo. Rousseau, al querer la felicidad únicamente en su yo⁵⁵ recrea un paraíso formado sólo por él mismo porque en éste él será Dios y, como Él, libre, bueno, feliz, todopoderoso.

En síntesis, Maritain denunciará en Rousseau a un pervertidor:

«Personalmente menos vil y despreciable que Voltaire, a quien tuvo el mérito de *odiar*, Rousseau en realidad hace inmensamente más daño que Voltaire por haber proporcionado a los hombres, no sólo una negación, sino también una religión fuera de la Verdad indivisible. Mantuvo en lo más escogido de la intelectualidad francesa la *sensibilidad católica*, pero pervirtiéndola»⁵⁶.

Como consecuencia de esa aproximación, el ser humano caerá en un falso optimismo. Este consistirá en que el ser humano va a afirmar la bondad de sí mismo, excluyendo cualquier otra bondad. De esta manera, se revela una desesperación y amarguras propias de quien en vez de alcanzar el bien deseado prueba el fruto amargo del mal a evitar. Así, el ser humano rousseauiano sólo verá «la bondad de una naturaleza de ensueño que el individuo lleva oculta en los repliegues de su singularidad, de la naturaleza que sólo se expande en el interior de las realidades vivientes en nosotros, y que protesta contra la naturaleza real»⁵⁷. Dios será el hombre, pero no el ser humano que busca la verdad, sino aquel que quiere sentirse bien.

⁵⁴ «Sólo el corazón es llamado a dar testimonio. “Con tal que *sintáis* que tengo razón no me preocupan las pruebas» (Ibid., p. 168).

⁵⁵ «Sólo es posible ser feliz en la tierra a medida que uno se aleja de las cosas y se acerca al yo; entonces *uno se nutre de su propia sustancia, que jamás se agota*» (Ibid., p. 173).

⁵⁶ Ibid., p. 179.

⁵⁷ Ibid., p. 180.

Intentando mirar panorámicamente a los autores arriba citados, creemos interpretar objetivamente el pensamiento mariteniano al afirmar que son los principales iniciadores del *humanismo antropocéntrico* en Occidente y la consiguiente pérdida de sentido de la verdad, de su búsqueda, de la sabiduría arduamente lograda por el concurso de la fe y la razón. Lutero dará paso al individualismo fideísta y al desprecio de la razón especulativa; Descartes será visto como quien endiosa la razón y la dirige hacia la obtención del bien útil. Rousseau, finalmente, recibirá la acusación de pervertir el cristianismo de sus verdades fundamentales: creación, pecado, reconciliación y, más aún, de despojar también de su sentido a la ciencia positiva.

El individualismo luterano estará como base propicia para ocasionar dos movimientos materialistas: el marxismo y el liberalismo burgués, ambas opciones ideológicas que masificarán al ser humano o lo propondrán como centro absoluto de sus obras. La racionalidad cartesiana estará dirigida a la eficacia operativa, a la *poiesis* aristotélica, pues quien ha proclamado la razón como clave única de interpretación de la realidad, él mismo ha preferido destacar sus límites y condicionamientos⁵⁸, dirigiendo la razón humana a la técnica, único lugar en donde puede tener ideas realmente claras y distintas de la realidad. Finalmente, el romanticismo rousseuiano que pretende liberar al ser humano de lo que él considera las ataduras racionales que construyen una ética opresora, se convierte en una suerte de humanismo sentimental, que introduce la perversión de la fe cristiana y la disolución de la ética en el propio sentir, independientemente de cualquier objetividad en el juicio.

⁵⁸ Ver: Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio*, 5.

Será esa la primera etapa del fenómeno comprendido dentro del término *humanismo antropocéntrico*. El momento glorioso de la humanidad, en el cual ésta ha creído encontrar su piedra angular en sí misma. Sin embargo, este movimiento de autocomplacencia no tendrá demasiada duración. Surgirá casi inmediatamente un movimiento que podríamos decir de desconfianza o devaluación de la autoimagen del ser humano. Tres serán también los principales responsables, en opinión del filósofo francés, sin que por eso se conviertan necesariamente en los únicos. Así pues, de la gloria el ser humano pasará a una nueva humillación. En esta ocasión, ya no se sentirá humillado por Dios como en la etapa previa al Renacimiento, sino humillado realmente por sí mismo, al verse como un mero producto de una evolución biológica; o una masa; o un atávico ser que sólo es capaz de responder a instintos que lo dominan más allá de su razón. Podemos ir adelantando que el ser humano que quería erigir la razón como centro de su poder, es el mismo ser humano que reniega de su razón y la humilla hasta el extremo de negarse a sí mismo. El culmen de ese proceso lo encontrará Maritain en el ateísmo, proceso que será estudiado por nosotros posteriormente. La antigua búsqueda de la sabiduría se habrá pervertido y la búsqueda de la verdad también.

2. 4 Consecuencias del humanismo antropocéntrico: humillación del ser humano, debilitamiento del sentido de “sabiduría”.

De alguna u otra manera los reformadores arriba mencionados han introducido en Occidente una autoconfianza del hombre en sí mismo que lo ha llevado a un individualismo sea racionalista o del sentimiento. Sin embargo, advierte nuestro autor que paradójicamente el hombre de hoy ha perdido la confianza en sí mismo, pues ha recibido tres choques intelectuales⁵⁹ que han quebrantado esa seguridad. Son el darwinismo, el marxismo y el freudismo. Veamos brevemente a estos autores desde la perspectiva maritainiana.

En primer lugar considera el darwinismo, con la teoría del origen animal del hombre:

«Según esta manera de ver, el hombre no resultaba solamente el producto de una larga evolución de especies animales (lo que, después de todo, no es más que la cuestión secundaria, puramente histórica), sino que salía de esta evolución biológica *sin discontinuidad metafísica*, sin que, en un momento dado, comience con el ser humano algo completamente nuevo en la serie: una subsistencia espiritual que implique, en cada generación de un ser humano, la creación, por el autor de todas las cosas, de un alma individual, lanzada a la existencia para un destino eterno⁶⁰».

Desde esa mentalidad, afirma Maritain, se ha dado un golpe de muerte a la idea racionalista de la persona humana, al considerarla solamente como el producto de una evolución biológica. El darwinismo ha generado una paradoja: no ha sido capaz, por más fuerte que haya sido su materialismo, de quebrantar el dogma de fe; y sin embargo ha

⁵⁹ Ver: Jacques Maritain, *Filosofía moral (examen histórico-crítico de los grandes sistemas)*, Ediciones Morata, Madrid 1966, 1ª. ed. , 1ª. Reimpresión, p. 579 y ss.

⁶⁰ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, p. 31.

golpeado mortalmente a la idea racionalista de la persona humana⁶¹, pues ve al hombre sólo como un ser biológico, degradando el aspecto ideal-racionalista de la Ilustración. Siendo hijo de los ilustrados, inicia un proceso de autodestrucción que tendrá como consecuencia que el ser humano ya no busque la verdad ni en la ciencia siquiera, sino que renuncie a ella, como se verá líneas más adelante.

El segundo choque que ha recibido la civilización en Occidente ha sido el marxismo. Al considerar que nuestras ideas morales y nuestras reglas de comportamiento moral están regidas por la subestructura económica, degradan al ser humano hasta obtener una ética materialista, sea tecnócrata, revolucionaria o como ésta se presente.

Finalmente, el tercer choque que ha recibido Occidente, ha sido dado por el trabajo freudiano. A juicio de Maritain, no se podría hablar propiamente de una filosofía freudiana, dado que el mismo Sigmund Freud negó tal cualidad a su sistema de *psicología profunda*. Sin embargo, reconoce el filósofo francés que no se puede llegar al extremo de negar cualquier tipo de filosofía presente en el psicoanálisis. Especialmente en el artículo *Freudismo y psicoanálisis*⁶² Maritain estudiará el método psicoanalítico desde tres perspectivas: el método psicoanalítico propiamente dicho, la psicología freudiana y, en tercer lugar, la filosofía freudiana. Sobre esto último, nos dice: «Toda la filosofía freudiana descansa sobre un

⁶¹ «El darwinismo no ha podido quebrantar la idea cristiana del hombre y de la persona humana, apoyada en el dogma revelado, pero sí ha inferido un golpe mortal a la idea racionalista de la persona humana» (Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, p. 31).

⁶² Ver: Jacques Maritain: *Cuatro ensayos sobre el espíritu en su condición carnal*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1980, pp. 25-55.

prejuicio: la negación violenta de la espiritualidad y de la libertad»⁶³. Freud reconocerá que la naturaleza humana reúne en su interior un conjunto de fuerzas más o menos antagónicas, y convierte esa diversidad o contrariedad en absoluto. Bajo su mirada, todo estará corrompido y sujeto al conflicto:

«Pero ¿en qué se ha convertido el hombre de nuestros días, para el pensamiento racionalista y humanista? Tan bajo ha descendido el centro de gravedad del ser humano, que ya no hay, propiamente hablando, personalidad para nosotros, sino tan sólo el movimiento fatal de las larvas polimorfas del instinto y del deseo –*Acheronta movebo*, dice Freud mismo–, y toda la bien regulada dignidad de nuestra conciencia personal parece una máscara engañosa. En definitiva, el hombre no es sino el lugar de cruce y de conflicto de una libido, ante todo sexual, y de un instinto de muerte. El misterio de la vida dolorosa y de vida divina, que lleva impresa la huella de la faz del Creador, se convierte en enigma desesperante de las complicaciones de la muerte. El hombre, primeramente concebido como figura heroica y casi divina y, al mismo tiempo, como ser puramente natural, cae así, según la ley de todo paganismo, en una caricatura antinatural de su propia naturaleza, tanto más cruelmente flagelada cuanto más complacencia y piedad sentimental se ha tenido para ella. Trastornado, se hace un monstruo, un monstruo grato a sí mismo»⁶⁴.

El hombre, considerado como una creación de las puras tendencias infra-racionales⁶⁵, ha eliminado la posibilidad de que la razón posea alguna vitalidad o energía propias, limitándola a la mera actividad de estímulo-respuesta o de tener un control meramente extrínseco de su cuerpo. Yendo más a las raíces, Maritain explicará que la filosofía freudiana manifestada en esa exclusión de la racionalidad, no es más que «un disfraz de un odio profundo a la *forma de razón*»⁶⁶. En ese negativo proceso, la libertad y el ejercicio de la misma quedan limitadas a seguir un impulso, más que a decidir, pues ha separado la vida de la

⁶³ Ibid., p. 51.

⁶⁴ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Ed. Lohlé-Lumen, Buenos Aires 1996, pp. 31-32.

⁶⁵ Ver: Jacques Maritain, *Filosofía moral (examen histórico-crítico de los grandes sistemas)*, Ediciones Morata, Madrid 1966, 1ª. ed., 1ª. Reimpresión, p. 580).

⁶⁶ Jacques Maritain: *Cuatro ensayos sobre el espíritu en su condición carnal*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1980, p. 53.

razón y del espíritu, convirtiendo la instintividad –toda entera y no la parte que esté oscurecida por lo malo– en una «pura bestialidad»⁶⁷ escondida en el fondo del hombre.

De este modo, la relación entre la razón y el ser humano habrá sido quebrada. En un proceso degradante la razón ya no apuntará ni a preguntar por la realidad, ni tan siquiera a transformarla, sino a obedecer lo que el inconsciente ordene. En este sentido, Es importante notar que la crítica maritainiana no apunta a dejar de lado el inconsciente, sino a darle su lugar.

Leamos:

«También será preciso, y primeramente, reconocer la existencia en el hombre de otro inconsciente⁶⁸ además del inconsciente animal del instinto, de los deseos y de las imágenes, de las tendencias rechazadas y de los recuerdos traumáticos, que sólo exige autocerrarse sobre sí como un infierno del alma. Este otro inconsciente es lo inconsciente o preconscious del espíritu, que no está separado del mundo de la actividad consciente y de las obras de la razón sino que, por el contrario, es su fuente viva. El largo trabajo por el que las espontaneidades instintivas pueden ser, según acabamos de decir más arriba, *familiarizadas* con el espíritu depende ante todo de las mociones activadoras, cuando el hombre no las traiciona, y de la difusión de este inconsciente espiritual sobre toda el alma»⁶⁹.

La propuesta maritainiana será dar su lugar a los procesos psicológicos, comprendiendo además que no abarcan toda la realidad del ser humano, sino que es necesario para la salud de la razón el tener apertura a lo que denomina “preconscious del espíritu”, a la realidad del misterio que supera los límites racionales, al mismo tiempo que los encauza y activa ordenadamente.

⁶⁷ Ver: *Ibid.*, p. 52.

⁶⁸ Véase nuestra obra *Creative Intuition in Art and Poetry*, págs. 91-92.

⁶⁹ Jacques Maritain, *Filosofía moral (examen histórico-crítico de los grandes sistemas)*, Ediciones Morata, Madrid 1966, 1ª. ed. , 1ª. Reimpresión, p. 582.

Sin embargo, como colofón de los golpes que la humanidad ha ido recibiendo contra sí misma, Freud será como un «castigo del orgullo de esa soberbia personalidad farisaica que el racionalismo había erigido como un fin en sí supremo»⁷⁰. Habiendo caído –particularmente– la máscara del romanticismo rousseuiano bajo la denuncia de Sigmund Freud, «el hombre, para reencontrar su unidad, deberá hallar una nueva frescura, una nueva conciencia de sí»⁷¹.

En síntesis, el ser humano enfrenta una crisis de sentido y de razón como nunca antes parece haber vivido. El orden de la razón parece haber sido corrompido por todas partes y no “sirve”, pues no ha sabido someterse al orden del amor: «el virus del racionalismo ha introducido la discordia entre la naturaleza y la *forma de la razón*. Se ha tornado asaz difícil mantenerse en adelante en lo humano. Es necesario situarse por encima de la razón para defenderla; o debajo de la misma, para combatirla»⁷². No se ha llegado a comprender lo que significa invocar al Espíritu en la búsqueda de la auténtica sabiduría. Y se ha confundido lo que se puede entender como espíritu. De ese modo: «Todo lo que se dice o llama espiritual, o suprarrazional, pero no arraiga en la caridad, no favorece más que a la animalidad»⁷³. Llegamos así al problema más grave de la humanidad contemporánea: el ateísmo absoluto.

Maritain cree posible reconocer diversos modos de ateísmo. Donde más ampliamente desarrollados se encuentran estos conceptos es en su obra *El alcance de la razón*, donde tiene varios apartados dedicados al tema del ateísmo. Seguiremos ese libro en este acápite.

⁷⁰ Jacques Maritain: *Cuatro ensayos sobre el espíritu en su condición carnal*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1980, p. 52.

⁷¹ *Ibid.*, p. 53.

Nos dice Maritain que, ante todo, se pueden distinguir dos clases de ateos: los que creen serlo pero que en el fondo no lo son, por un lado; y por otro, los que son verdaderamente ateos. Estos segundos serán la materia especial de su estudio y los llamará “ateos absolutos”.

Precisando aún más, el filósofo francés encontrará tres modos de profesarse ateos: el de los *ateos prácticos*: que son aquellos que piensan en el fondo que son personas de fe, pero que en lo cotidiano viven como si Dios no existiera. En segundo lugar menciona a los *pseudo ateos*, que son quienes creen que no creen, y en realidad creen inconscientemente. El caso de estos “medio ateos” sería el de quienes negando a Dios, en realidad, están negando algo que Dios no es. Finalmente, estarán los *ateos absolutos*: son quienes niegan realmente la existencia de Dios. Estos se ven obligados a modificar su sistema de valores, pues han elegido apostar todo contra Dios. Este es el caso que obliga al profesor Maritain a mayor estudio y dedicación. En particular, explicará que el humanismo antropocéntrico ha ido creciendo en miopía para ver la realidad íntegra, y así ha ido oponiendo al hombre contra el mismo hombre, una vez que ha dejado de lado un sistema de valores, el eje de la Sabiduría divina.

En este ateísmo absoluto se pueden encontrar varios matices: el ateísmo negativo que implica la negación lógica de la idea de Dios, que puede ser empírico–superficial, generando un vacío de Dios, pero sin interesarle llenarlo con nada, conformado de alguna manera con cómo se le presenta la existencia en el presente. Sería propio de quienes no reflexionan mucho y se dedican más a la acción. O bien puede haber un ateísmo negativo que sea profundo–

⁷² Jacques Maritain, *Distinguir para unir o Los grados del saber*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947, tomo I, p. 41.

metafísico: éste se extiende a todo el universo del pensamiento y lo devasta, llegando a la posibilidad de la autoaniquilación del yo.

El ateísmo positivo, por su lado, podría ser también calificado como antiteísmo: es luchar contra todo lo que pueda recordarme a Dios. Estaríamos hablando de Nietzsche, del ateísmo existencialista, del ateísmo contemporáneo a Maritain.

Dos grandes contradicciones encontrará Maritain en este sistema del ateísmo absoluto. En primer lugar que el punto de partida es una determinación libre y al mismo tiempo decisiva, determinante en el que Dios es una amenaza perpetua. El ateo absoluto se halla profundamente comprometido en la negación y la lucha contra Dios. En el fondo, por querer combatirlo con tal fiereza, es parte de un fenómeno religioso, ¡cuando se quiere declarar en contra de toda religión! En segundo lugar, el ateo absoluto negará la trascendencia, lo cual implicará optar por la inmanencia. Y por esa razón no habrá estabilidad en algunos puntos vitales para la existencia humana: la verdad cambiará con el tiempo, el hombre sólo deberá atender a los asuntos materiales o no trascendentes. Entonces, el hombre al morir perderá todo su ser.

Como consecuencia de esas posturas antihumanas hemos llegado a vivir en una era de barbarie cuya manifestación más dolorosa y grave es la crisis de la verdad. Leamos:

«Hoy la historia humana ha pactado con el temor y el absurdo, y la razón humana, con la desesperación. Los poderes de la ilusión se expanden por toda la superficie del mundo y altera la

⁷³ Ibid., p. 41.

dirección de todas las brújulas. La facultad del lenguaje ha quedado tan desnaturalizada, la significación de las palabras falsificadas tan enteramente, tantas verdades expuestas en cualquier página de la prensa diaria y de los informes radiales se hallan en todo momento tan perfectamente mezcladas con tantos errores, voceados hasta los cielos, por la publicidad, que sencillamente los hombres están perdiendo el sentido de la verdad. Se les ha mentido con tanta frecuencia que ahora son adictos a las mentiras y diariamente necesitan una dosis de engaño, como si se tratara de un tónico cotidiano. Pareciera que los hombres creen en todo lo que se les dice, pero ya están comenzando a llevar una especie de vida mental clandestina en la que no creerán en nada de lo que se les diga, sino que confiarán tan sólo en la experiencia salvaje y en los instintos elementales. Por todas partes los rodean maravillas espurias y falsos milagros que deslumbran y enceguecen el espíritu»⁷⁴.

⁷⁴ Jacques Maritain, *El alcance de la razón*, pp. 187-188.

CAPÍTULO III: EL “HUMANISMO DE LA ENCARNACIÓN”

Maritain no quedará en actitud de mera denuncia ante aquellas posturas filosóficas que hemos presentado. Su crítica se orientará a la búsqueda de una respuesta que intente unir a Dios y al hombre en un mismo camino. Si el ateísmo contemporáneo en sus diversas formas es el mayor drama que el ser humano puede soportar, su solución se hallará en un proceso que una a Dios y al hombre. Este proceso está soportado intelectualmente por varios principios que son como la pieza clave del *humanismo de la Encarnación*.

El punto de partida podríamos localizarlo en la incapacidad del ser humano para dar respuesta, por sí mismo, ante su situación de ruptura:

«¿Bajo qué condiciones se podrá, no ya reencontrar, pues el tiempo no vuelve, pero al menos rehacer nuevamente, mediante formas nuevas, esa perdida unidad? Paréceme hay aquí una verdad que domina toda la cuestión: *el hombre no puede encontrar en sí mismo su unidad. Ha de hallarla fuera de sí, por sobre sí mismo*. Queriendo bastarse a sí mismo se ha perdido. Se hallará a sí mismo si se

subordina a su principio y al orden que le trasciende (...) Nada más engañoso que pedir al inmanentismo la reconciliación del hombre consigo mismo. El hombre no se reconcilia consigo mismo sino por la cruz que le es dura y exterior: sobre la cual está clavado. La objetividad es la primera condición de la unidad»⁷⁵.

En *El doctor angélico*, Maritain pedirá dos condiciones para humanizar nuevamente nuestra cultura: «resurrección de la metafísica y nueva expansión de la caridad». Consideramos que para llevar adelante ese proyecto, se puede sintetizar en tres grandes ideas la propuesta maritainiana: que la humanidad recupere el ritmo que le corresponde como creatura, a lo que hemos llamado “movimiento de sístole y diástole”. En segundo lugar, esto llevará a una recuperación de la metafísica a través de un filosofar que reconoce que el ritmo primero viene de Dios: será un “filosofar en la fe”. Y, finalmente, estos dos elementos serán presupuestos para comprender adecuadamente a la “persona humana” como aquella que está dirigida a Dios y tiene como punto de encuentro el amor. En este último sentido, pretende responder íntegramente a las concepciones antropológicas que desembocando en el siglo XX han conducido a la humanidad a desconocerse a sí misma.

⁷⁵ Jacques Maritain, *El doctor angélico*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1942, p. 54.

3.1 Movimiento de sístole y diástole

Si ha quedado claro que la humanidad tiene como en su esencia la necesidad de lo divino, la misma humanidad debe comprender que no le basta con solo lo divino, como experimentó al final de la era “teocéntrica”, pero que al mismo tiempo no basta con sólo lo humano, como el “humanismo antropocéntrico” creyó. Es necesario entender que hay un movimiento horizontal y vertical, que es como una ley natural inscrita en la humanidad:

«...el dinamismo espiritual que interviene en la cultura humana implica un doble movimiento: un movimiento de descenso, el movimiento por el cual la divina plenitud, la fuente primera de la existencia desciende a la realidad humana para penetrarla y vivificarla, pues Dios infunde en cada criatura la bondad y la capacidad de amar, al mismo tiempo que el ser y Él es el que tiene la *primera* iniciativa en toda actividad buena; y luego, un movimiento de ascenso, que es la respuesta del hombre, movimiento en virtud del cual la realidad humana toma la *segunda* iniciativa y se activa ella misma hacia el desarrollo de sus energías y hacia Dios»⁷⁶.

El ser humano no puede ser comprendido sólo desde sí mismo y tendiendo hacia sí mismo. El dinamismo humano tiende hacia el otro y, en primer lugar, hacia Dios: encontrar en Él la mayor sabiduría. Esa tendencia hacia la perfección propia vendrá a ser reflejo de la necesidad de Dios inscrita en su interior. La búsqueda de la propia perfección –por sus propias fuerzas y aislado de toda consideración espiritual– es el drama del ateo absoluto como hemos visto líneas arriba. Ahora bien, la perfección a la que se debe tender no es –como la llama Maritain– del “atletismo estoico”, por la que el ser humano se volvería impecable, sino es una perfección que aspira al amor como máximo punto de realización para el ser humano, por más que el proceso esté cargado de imperfecciones y debilidades. Tan evidente como que

⁷⁶ Jacques Maritain, *El alcance de la razón*, pp. 150-156.

el ser humano no existe solo en medio del mundo, es necesario para él descubrir que ha sido creado por Dios y será Dios quien lo invite a ser verdaderamente humano.

Ese movimiento vertical tiene su complemento en el movimiento horizontal. Gracias a este segundo impulso, se van revelando progresivamente la substancia y las fuerzas creadoras del hombre en la historia. Ambos movimientos no están disociados, sino unidos en perfecta armonía, pues: «el movimiento horizontal de la civilización, cuando tiende a sus auténticos fines temporales, ayuda y fomenta el movimiento vertical de las almas»⁷⁷. Por su lado, sin la atención y cuidado de las personas hacia su objetivo eterno, el movimiento de la civilización pierde su carga espiritual. En este movimiento, hay un ritmo cuyo *tempo* lo determina el Creador. A la criatura corresponde acogerlo, escucharlo:

«Si se prepara una nueva civilización cristiana, sea libre u oprimida, será muy necesario que ésta conozca a su manera el ritmo misterioso de sístole y de diástole sin el cual no podría existir. Será preciso que el movimiento segundo vuelva a ser segundo, que la iniciativa primera sea devuelta a la bondad divina, pero sin que por ello sea disipado todo lo que la edad precedente ha conocido y adquirido en la división, y sin que pudiera guardarlo»⁷⁸.

La perspectiva maritainiana en la búsqueda de que el ser humano viva el ritmo vital de contracción y dilatación no incluye, como se ve, una ruptura con lo previo. Sería un contrasentido. Más bien, pretende volver a vivir ese ritmo, pero en continuidad con lo que la historia humana ha vivido. Esto supone mirar el pasado con una visión al mismo tiempo crítica y abierta a cuanto haya sido avance para la verdadera “sabiduría”. Dicho sea de paso,

⁷⁷ Jacques Maritain, *El alcance de la razón*, p. 313.

⁷⁸ Jacques Maritain, *La filosofía en la fe*, en *Ciencia y sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, p. 87.

esta perspectiva conciliadora no fue suficientemente comprendida y le valió recibir diversos ataques al filósofo francés.

3.2 Filósofar en la fe

«Cuanto más se reflexiona en este problema de la filosofía cristiana, tanto más aparece éste como central para la historia de ayer, es decir de la edad después del Renacimiento, y quizás también para la del mañana. La teología ha continuado en la Iglesia. Pero lo que ha faltado en el orden intelectual al mundo y a la civilización, lo que ha faltado desde hace cuatro siglos al bien común temporal de los hombres, es precisamente la filosofía cristiana. Esta carencia ha causado males incalculables. Ninguna filosofía podía suplir a la filosofía cristiana en la función que ésta debía ejercer y que no ha sido ejercida (...) Por lo demás, quien se ha instalado en lugar del humanismo integral de la filosofía cristiana es en realidad un humanismo inhumano, un humanismo antropocéntrico y destructor del hombre. Y es una antiteología racionalista quien, so capa de filosofía, ha usurpado el lugar sobre lo sagrado y vuelto finalmente huérfana de la sabiduría a la humanidad»⁷⁹.

Pues bien, de lo que se trata hoy en día no es de volver a la edad llamada media como acabamos de afirmar, sino que «el problema propio de la edad en que entramos consistirá en reconciliar la ciencia y la sabiduría en una armonía vital y espiritual»⁸⁰. Se necesita de un trabajo de conciliación que consiste en constituir una nueva crítica del conocimiento, a fin de conocer con objetividad y certeza los reales grados del saber. Y en este punto, volvemos al inicio de este apartado: la sociedad debe recuperar el gran aporte de la antigüedad: la búsqueda de la sabiduría, unido en particular al ideal de la filosofía griega de obtener la verdad del ser. El reto que se enfrenta es la pérdida del sentido de esta verdad. Desde la revolución cartesiana, la verdad es buscada sólo en las causas segundas, no en la filosofía ni en la teología. Es más,

«estaba reservado a la miseria de nuestros tiempos el reprochar a los griegos y al pensamiento medioeval esta idea pura de la ciencia y de la intelectualidad, que es uno de los títulos del Occidente para existir, y el concebir una sabiduría que sería una negación y una aniquilación de los valores especulativos»⁸¹.

El materialismo traerá una nueva crisis en lo que podría resultar ese «reducto de espiritualidad» que es la búsqueda de la verdad en las ciencias segundas. La filosofía está siendo relegada por la ideología o por un pragmatismo que la banaliza, habiéndose «sentido aplastada por la pesada estructura del mundo que ella misma había construido, ha experimentado el horror de no ser nada»⁸². Así, la filosofía debe recuperar su ritmo humano y debe ser preciso que el movimiento primero lo sea de nuevo, y que el segundo no usurpe el lugar del primero: y que se erija una filosofía auténticamente cristiana, no atenuada o alistada en alguna ideología, sino libre, colocada en el clima de la fe (explícita) y de la gracia bautismal⁸³.

Más aún, el pensamiento religioso de hoy en día tendrá que salvar a la razón del drama en el que ella misma se ha insertado:

«el pensamiento religioso no tendrá tanto que defenderse contra la razón filosófica (crítica), como en la época de la filosofía de las luces, sino más bien defender la razón filosófica (ontológica), ya contra un puro irracionalismo y una metafísica de la desesperación, ya contra los últimos frutos del racionalismo, tales como el viejo positivismo pseudocientífico y el materialismo dialéctico»⁸⁴.

⁷⁹ Ibid., p. 129.

⁸⁰ Jacques Maritain, *Ciencia y Sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944, p. 50.

⁸¹ Ibid., p. 83.

⁸² Ibid., p. 86.

⁸³ Ver: Ibid., p. 88.

⁸⁴ Jacques Maritain, *El alcance de la razón*, Emecé Editores, Buenos Aires 1959, p. 154.

Es preciso que el ser humano reconozca su verdadera identidad, para lo cual precisa de la auténtica sabiduría, de modo que la obra a la cual está la llamada hoy la metafísica es eliminar esa incompatibilidad creada por el humanismo clásico, que ha pretendido divorciar la sabiduría de la filosofía. En el fondo, se trata de un humilde asentir ante el ser, recuperando la objetividad perdida:

«La primera obligación del filósofo es reconocer *lo que es*; y, si en ciertos casos debe para ello adherirse con asentimiento de fe a la Verdad primera, asentimiento que, aunque es razonable, se debe, no obstante, a una gracia que trasciende la razón, al prestar tal adhesión aun para discernir y escudriñar los caracteres esenciales y las razones explicativas de lo que está ante sus ojos, sigue siendo, indudablemente (aunque no *ya puramente*), filósofo. Entonces, aunque recurra a luces superiores que armoniza con la razón, procede siempre según su modo propio: no en cuanto teólogo, sino en cuanto filósofo; analiza el dato para luego remontar a sus principios ontológicos; e integra su investigación de las causas con las informaciones que recibe del teólogo, así como, en otros momentos, la integra con las que recibe del biólogo o del físico»⁸⁵.

3.3 Distinguir para unir: individuo y persona

El último elemento a tener en cuenta es central para entender la propuesta del *dinamismo de la Encarnación*. Una vez que Maritain ha insistido en la locura del hombre contemporáneo ocasionada por el extravío de la auténtica sabiduría, propone un recurso a la humanización, pues explica el filósofo francés que ese extravío ha causado un proceso de deshumanización que sólo podrá ser reversible una vez que el hombre reconozca el orden de

las cosas, las acepte y viva de acuerdo a ellas. Esto implica un ejercicio de “distinguir para unir”, como se cuidó de explicar en diversas oportunidades Jacques Maritain:

«Tales son, a nuestro entender, estos dos aspectos metafísicos del ser humano: individualidad y personalidad, con sus fisonomías ontológicas propias. Es muy evidente —insistimos para evitar errores y contrasentidos—, es muy evidente que no se trata de dos cosas separadas. No existe en mí una realidad que se llama mi individuo y otra que se dice mi persona; sino que es un mismo ser, el cual en un sentido es individuo y en otro es persona. Todo yo soy individuo en razón de lo que poseo por la materia, y todo entero persona por lo que me viene del espíritu; del mismo modo que un cuadro es todo él un complejo fisicoquímico por las materias colorantes que lo componen, y a la vez todo entero es una obra bella merced al arte del pintor»⁸⁶.

Podemos decir que hay en el ser humano en particular como una aparente contradicción: por un lado, suele Maritain proponer el ejemplo de Pascal: “el yo es odioso”; es decir, el individuo que tuviese un carácter *personalista* sería considerado un *egoísta* o *personalista*. Pero, en el otro polo, hemos de considerar también que si alguien careciera de personalidad estaría fuertemente limitado y, más bien, ¿no podríamos decir que Jesucristo ha sido la personalidad mejor asentada⁸⁷? Y si leemos a Santo Tomás afirmaremos con él que «la persona es lo más noble y lo más perfecto de toda la naturaleza»⁸⁸. ¿Qué se puede decir de estos dos extremos? Maritain nos contesta:

«el ser humano está situado entre dos polos: uno material, que no atañe, en realidad, a la persona verdadera, sino más bien a la sombra de personalidad o a eso que llamamos, en el sentido estricto de la palabra, la *individualidad*; y otro polo espiritual, que concierne a la *verdadera espiritualidad*»⁸⁹.

⁸⁵ Jacques Maritain, *Distinguir para unir o Los grados del saber*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947, tomo I, p. 11.

⁸⁶ Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981, pp. 46-49.

⁸⁷ Ver: *Ibid.*, p. 36.

⁸⁸ Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I,29,3.

⁸⁹ Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981, p. 37.

Y así nos encontramos de cara ante la distinción maritainiana entre *individuo* y *persona*. En opinión del profesor Maritain, esta distinción no es cosa nueva ni creación suya: ha pertenecido al patrimonio intelectual de la humanidad:

«A ella equivale la antigua distinción del *sí* y el *mí*, tan importante en la filosofía hindú, en la cual, por lo demás, no logró formas conceptuales muy felices. Esta distinción es fundamental en la doctrina de Santo Tomás. (...) La invocan Nicolás Berdiaeff y muchos partidarios de la filosofía llamada *existencial*; la invocan también los tomistas. Lo cual conduce a ciertos espíritus algo irritables, como mi amigo Gabriel Marcel, a declarar que sería preferible no hablar más de ella y a preguntarse si no será un instrumento tan bien hecho que permite cualquier uso. A decir verdad, lo importante es comprenderla bien»⁹⁰.

¿Cómo entiende Maritain, en primer lugar, la individualidad? Siguiendo al Aquinate, nos dirá que «la individualidad, o más exactamente, la individuación, *es lo que hace que una cosa de la misma naturaleza que otra difiera de esta otra en el seno de una misma especie y de un mismo género*»⁹¹. Esto quiere decir que la individuación será aquel factor que hace que una cosa difiera de otra, siendo ambas al mismo tiempo de naturalezas comunes. Así, individuar significará también –sutilmente– separar o encontrar el punto de diferencia. Saliendo al paso de posibles malentendidos ante esta idea, Maritain pasará a defender la necesidad de la separación o diferencia, remarcando cómo cada uno de nosotros no podría existir como tal si no fuésemos distintos a los demás. Siguiendo con este desarrollo, también aclara que el sentido de la individuación no obedece a una plenitud de ser, sino más bien a la limitación: «es la *diferencia por indigencia*, sin la cual ninguna cosa *creada* puede existir y

⁹⁰ Jacques Maritain, *Para una filosofía de la persona humana*, Club de Lectores, Buenos Aires 1984, pp. 141-147.

⁹¹ *Ibid.*, pp. 147-153.

que proviene, no de que cada cosa *es* e irradia abundancia de ser, sino de que cada cosa no es tal otra cosa de igual naturaleza»⁹².

Esta suerte de “desnivel metafísico” que se descubre ante lo individuado –como el mismo Maritain lo conceptualiza– es producto de la contingencia del ser creado. Si no hubiese tal desnivel, todos seríamos acto puro, Dios, perfección; sin embargo, la individuación material refleja su ser potencia, es decir, su capacidad de recibir el ser. En ese sentido, distingue la existencia como el *acto de existir* y la potencia como la *esencia del ser*. Más adelante, Maritain presentará un segundo *desnivel metafísico*: es la materia prima, que estaría en el límite del no ser, que es potencial ontológico, materia primera, “sujeto indeterminado en sí mismo”, que puede ser determinado en la transformación de una substancia a otra. No es una cosa ni otra.

Es preciso en este momento hacer una distinción entre las realidades espirituales y las materiales. La esencia divina es supremamente individual. Las formas puras, los espíritus puros, están exentos de toda complejidad y, por lo tanto, están por sí mismos en estado de individualidad. Por eso, recordando la doctrina tomista, Maritain nos afirmará que los ángeles son un individuo o una especie cada uno, como las especies difieren unas de otras. Según afirma el filósofo francés, es en razón de su forma, libre de cualquier materia, en la que consiste su ser y que le constituye en su especie.

⁹² Ibid., pp. 147-153.

Por su parte, las cosas de este mundo, las cosas materiales, tienen diversa individualidad:

«Según el Doctor Angélico, la individualidad de las cosas tiene su raíz y razón en la materia, en cuanto exige ésta ocupar en el espacio una posición distinta de cualquier otra posición. La materia es en sí misma una especie de no ser, simple potencia de receptividad y de mutabilidad sustancial, como una tendencia o avidez de ser. Y en todo ser constituido de materia, esta pura potencia va sellada de una energía metafísica —forma o alma— que constituye junto con ella una unidad sustancial, y que la determina a ser lo que es, y que, por el mero hecho de estar ordenada a informar a la materia, queda particularizada a tal o a cual otro ser que, junto con otros muchos sumergidos asimismo en la especialidad, participan de la misma naturaleza específica⁹³».

El alma humana constituirá, pues, una sola sustancia. En ésta, la individualidad tendrá por primera raíz a la materia. La razón de la materialidad es la *materia signata quantitate*. «Sus formas específicas y sus esencias no son individuales por sí mismas, sino por su relación trascendental a la materia tomada como haciendo relación y situada en el espacio»⁹⁴.

Parte del drama del ser humano estaría en su materialidad: la persona humana no puede tener la unidad de los espíritus puros. Estos son simples y no presentan división interior. La humanidad vive fragmentada por su materialidad y ésta es entendida por Maritain como cierto origen del mal en el mundo presente:

«Podríase decir que en cada uno de nosotros la individualidad, por ser en mí lo que de mí excluye todo lo que son los otros, equivale a la mezquindad del ego, constantemente amenazada y siempre ávida de *tomar para sí*, que deriva de la materia en una carne animada por el espíritu»⁹⁵.

⁹³ Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981, pp. 38-41.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 38-41.

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 38-41.

De este modo, ser individuo o persona humana es también ser «fragmento de una especie», pues «el nombre de *individuo*, (...) es común al hombre y a la bestia, a la planta, al microbio y al átomo⁹⁶». Ser individuo implica asimismo formar parte del universo, pues

«somos un fragmento de materia, una partícula de este universo, distinta, sin duda, pero siempre una parte, un punto de esta inmensa red de fuerzas y de influencias físicas y cósmicas, vegetativas y animales, atávicas, hereditarias, económicas e históricas, a cuyas leyes estamos sometidos. En cuanto individuos estamos sujetos a los astros. En cuanto personas, los dominamos»⁹⁷.

El ser humano es entonces un animal y un individuo, pero no como los otros⁹⁸, aclarará rápidamente nuestro autor: «el hombre es un individuo que se sostiene a sí mismo por la inteligencia y la voluntad; no existe solamente de una manera física; hay en él una existencia más rica y más elevada, sobreexiste espiritualmente en conocimiento y en amor»⁹⁹. Es necesario considerar que es persona. Y esto nos lleva a pensar que debemos mirar a la persona desde una nueva perspectiva. Si como individuo la consideramos como una parte de un todo material, de un universo de fuerzas cósmicas o naturales, como persona debemos entender que es un universo en sí mismo, un microcosmos «en el cual el gran universo íntegro puede ser contenido por el conocimiento, y que por el amor puede darse libremente a los seres que son para él como otros “él mismo”»¹⁰⁰. Este tipo de relación es imposible de ser hallada en el mero universo físico. Al mismo tiempo, esto quiere decir que «en la carne y los huesos del hombre hay un alma que es un espíritu y vale más que todo el universo material»¹⁰¹. Nos

⁹⁶ Jacques Maritain, *Tres reformadores*, p. 29.

⁹⁷ Jacques Maritain, *Tres reformadores*, p. 30.

⁹⁸ Jacques Maritain, *Los derechos del hombre y la ley natural*, Colección Orfeo – Biblioteca Nueva, 1ª. Ed., Buenos Aires 1943, p. 12.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 13.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 13.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 13.

encontramos ante una dimensión que trasciende lo material y que debe utilizar el concepto “espíritu” para poder ser adecuadamente expuesta.

Esta nueva dimensión sólo puede ser explicada y comprendida –en la perspectiva maritainiana– desde las relaciones que se establecen entre la personalidad y el amor. Diferenciándose de Pascal, quien afirma que «nunca se ama a una persona, sólo cualidades», Maritain afirmará que uno no ama cualidades, sino realidades. Lo que cada uno ama es una realidad, no una mera cualidad: «la más *existente*, del ser amado: un centro metafísico más profundo que todas las cualidades y esencias que me es posible descubrir en el ser amado»¹⁰². A ese *centro* se dirige el amor.

¿Qué es ese amor? El amor se califica por la donación. En primer lugar, por un dar y darse; al mismo tiempo que siendo capaz de recibir al otro como don: otro que se está dando a sí mismo como don. Este intercambio de donación será el amor. Y el sujeto cualificado de este acto, la persona:

«La existencia espiritual de amor es la suprema revelación de la existencia para el Yo. El Yo, por ser no sólo un individuo material, sino también una persona espiritual, posee a sí mismo y tiéneselo a sí mismo en la mano, en cuanto es espiritual y es libre. De esta manera acontece que cuando un hombre ha despertado realmente al sentido del ser o de la existencia, y cuando se apodera intuitivamente de la oscura y viviente profundidad del Yo y de la subjetividad, comienza a experimentar, en virtud de un dinamismo interno de esta intuición, que el amor no es un placer que pasa o una emoción más o menos intensa, sino la tendencia radical y razón fundamental, inscrita en su mismo ser, para la que vive. Y

¹⁰² Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981, p. 42.

tenemos así una vez más al hombre “ontológico” y “erótico”¹⁰³ a la vez, y tenemos de nuevo a un hombre»¹⁰⁴.

Para poder darse, recuerda el filósofo, es menester existir previamente, ¿existir como qué? Ciertamente no como las letras que ahora nuestros ojos perciben, o como el papel que sostienen nuestras manos, que puede pasar o no. Tal donación hecha por mí o recibida por mí, exige –de alguna manera– algo que subsista y que ejerza o realice por sí mismo la existencia. Y no existiendo como el papel mencionado, es preciso existir «de una manera eminente», poseyéndose a sí mismo: «teniéndose a sí mismo por la mano, disponiendo del propio destino, es decir, que hay que existir con una existencia espiritual, capaz de rodearse a sí misma de inteligencia y de libertad, y de *sobreexistir* en conocimiento y en amor»¹⁰⁵. De ese modo, decir de alguien que es persona es afirmar que es un todo, más que una parte y más independiente que siervo: eso no significa otra cosa que ser imagen de Dios¹⁰⁶. Característica primordial del ser persona será el autoposeerse. En este punto se nota la diferencia que existe entre el humanismo antropocéntrico y la propuesta maritainiana. Aunque el autoposeerse parezca término que excluye a Dios o alguna otra realidad de la propia vida, en la perspectiva maritainiana la autoposición implica autonomía por ser ésta un reflejo de la imagen divina. Y esa dinámica exige una vivencia libre de la inteligencia y la voluntad. Aquí es donde nos volvemos a entroncar con el sentido de “sabiduría”: ésta parte de un nivel metafísico para

¹⁰³ En este punto Maritain hace referencia a Werner Sombart, quien, «solía decir que el “burgués”, el hombre de la era capitalista, no era ni “ontológico” ni “erótico”, es decir, que había perdido el sentido del ser y el sentido del amor» (Jacques Maritain, *El alcance de la razón*, Emecé Editores, Buenos Aires 1959, p. 143).

¹⁰⁴ Jacques Maritain, *Un nuevo acercamiento a Dios*, en *Razón y razones, ensayos diversos*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1951, pp. 156-157.

¹⁰⁵ Jacques Maritain, *Para una filosofía de la persona humana*, Club de Lectores, Buenos Aires 1984, pp. 153.

¹⁰⁶ Ver: Jacques Maritain, *Los derechos del hombre y la ley natural*, Colección Orfeo – Biblioteca Nueva, 1ª. Ed., Buenos Aires 1943, pp. 14-15.

lanzarnos a la contemplación de Dios mismo. Esa donación que cada uno debe hacer de sí, exige como medio la sabiduría humana, la sabiduría de la fe, la sabiduría de quien está unido a Dios.

Considerando, al mismo tiempo, que la persona es autónoma, Maritain justifica que considerable parte de la tradición occidental haya definido a la persona por la independencia descubriéndola en su ser *imago Dei*. ¿En qué consiste la existencia de Dios? Es una sobreexistencia de intelección y de amor que es soberana Personalidad. Más aún: la dignidad absoluta de la persona dependerá de su encuentro con el Absoluto, quien es el único medio en que el ser humano puede encontrar su plena realización. De este modo, basándose en la mayor profundidad que pueda tener el ser, la personalidad es la *subsistencia*:

«la personalidad es la *subsistencia* del alma espiritual comunicada al compuesto humano; siendo en mi sustancia una firma o sello que la coloca en estado de poseer su existencia y de completarse libremente y de darse libremente, ella testimonia en nosotros la generosidad o la expansividad de ser que se debe al espíritu en un espíritu encarnado, y que constituye, en los profundos secretos de su estructura ontológica, una fuente de unidad dinámica y de unificación interna»¹⁰⁷.

Contrariamente a la postura leibniziana, la personalidad es expansividad, comunicación¹⁰⁸: con uno mismo y con los demás, tanto a nivel intelectual como comunicando el amor que se tiene hacia el otro. El dolor suele aparecer cuando esta comunicación no se puede lograr –cosa que es más frecuente que lo que el ser humano quisiera–. Esa circunstancia no limita la necesidad, sino que la acrecienta. Especialmente,

¹⁰⁷ Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981, pp. 42-46.

¹⁰⁸ «La personalidad es un todo, pero no un todo cerrado, es un todo *abierto*, no es un pequeño dios sin puertas ni ventanas como la mónada de Leibnitz, o un ídolo que no ve, no oye, no habla. Tiende, por naturaleza, a la vida

exige la comunicación con el Tú divino, en quien solamente se puede encontrar la plena realización y suficiencia:

«En definitiva, y para pedir al pensamiento religioso la última palabra acerca de esta cuestión, lo más hondo y esencial de la dignidad de la persona humana es el tener con Dios no solamente un parecido común a las demás criaturas, sino el parecérselo *en propiedad*, el ser *imagen de Dios*, porque Dios es espíritu, y el alma procede de Dios, ya que tiene por principio de vida un alma espiritual, un espíritu capaz de conocer, de amar y de ser elevado por la gracia a participar de la misma vida de Dios, para conocerle, finalmente, y amarle como se conoce y ama él mismo»¹⁰⁹.

La auténtica sabiduría que quiere rescatar Maritain como herencia de la antigüedad precristiana había tenido el gran mérito de mostrar la necesidad de tener una apertura a lo absoluto, lo eterno, lo intemporal. En unión con el mensaje del Verbo Encarnado, la sabiduría supo encontrar cauce a las preguntas del ser humano acerca de su sentido, pero éstas se vieron desatendidas y corrompidas a raíz del humanismo antropocéntrico. En su propuesta personalista, Maritain nos conducirá a redescubrir la auténtica sabiduría con toda la experiencia del pasado. A través de la distinción entre lo individuado y lo personal, nos ha conducido a comprender que el ser humano sólo se entenderá realmente a sí mismo como persona. Y esto implica, a su vez, comprenderse como invitado a vivir el amor, y necesitado de vivirlo. Una propuesta individualista surgida a raíz de la propuesta de los “tres reformadores” sólo verá en el ser humano a un individuo, con las trágicas consecuencias que esto ha traído para la misma humanidad. Cuando el ser humano ha perdido de vista la “sabiduría” y ha querido colmar sus preguntas existenciales exclusivamente a través de la ciencia positiva, no ha hecho otra cosa sino degradarlas, hasta dejarlas de lado y quedarse sólo

social y a la comunión» (Jacques Maritain, *Los derechos del hombre y la ley natural*, Colección Orfeo – Biblioteca Nueva, 1ª. Ed., Buenos Aires 1943, p. 17).

con respuestas que han nacido del “hombre-individuo”, sesgando la capacidad del “hombre-persona”. En síntesis, la propuesta maritainiana nos ha evidenciado, pues, la necesidad de recuperar la “sabiduría” a través del vivir como “persona”. Nos dirá Maritain que necesitamos no propiamente de verdades que nos sirvan o nos sean útiles, sino de verdades a las cuales sirvamos. Estas verdades serán el alimento más importante de nuestro espíritu. Y no podemos olvidar que la base de nuestra grandeza está en el espíritu. Sólo así adquiriremos estabilidad, la que proviene de nuestra naturaleza humana, que gravita con su cabeza en medio de las estrellas, si bien lo hacemos hollando la tierra con las plantas¹¹⁰.

Así pues:

«...donde quiera que arraigue la fe viva, se verá cómo la adhesión a lo que verdaderamente trasciende la razón, a la Verdad increada, a la sabiduría de los santos, lleva a cabo al mismo tiempo (no ciertamente sin esfuerzo y sacrificio) la restauración del orden mismo de la razón, exigido, a modo de condición, por la vida sobrenatural. Es que siempre van juntas, en armonioso concierto, Evangelio y filosofía, mística y metafísica, lo divino y lo humano»¹¹¹.

Las respuestas que el filósofo puede dar al hombre de nuestros días, no bastan. Hay una respuesta superior, que no se refiere únicamente a la historia terrena, sino sobre todo a la eternidad: esa respuesta fue dada en el Sermón de la Montaña¹¹².

¹⁰⁹ Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981, pp. 42-46.

¹¹⁰ Jacques Maritain, *Distinguir para unir o Los grados del saber*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947, tomo I, p. 24.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 43.

¹¹² Jacques Maritain, *Filosofía moral (examen histórico-crítico de los grandes sistemas)*, Ediciones Morata, Madrid 1966, 1ª. ed. , 1ª. Reimpresión, p. 594.

CONCLUSIONES

1. Occidente ha conocido etapas de grandeza y miseria humanas. Hoy en día viene atravesando una crisis como nunca antes la había experimentado. Esta crisis tiene su raíz en otra crisis previa: la de la sabiduría.

2. La sabiduría entendida como búsqueda de sentido a la vida, así como de respuestas que la sacien, no ha sido encontrada totalmente en la antigüedad pre-cristiana. Se ha necesitado de la irrupción del misterio del Señor Jesús para que ésta se comprenda en toda su riqueza.

3. Occidente ha experimentado una evolución en su comprensión de la sabiduría. En primer lugar, el teocentrismo en virtud del cual el ser humano comprendía el sentido de la sabiduría, pero no lo llegó a unir a su propia necesidad de sabiduría. Esto trajo como consecuencia una reacción negativa, la del llamado humanismo antropocéntrico. Sus consecuencias las vivimos hoy día.

3. El humanismo antropocéntrico ha trasmutado el sentido de la sabiduría. Han influido en esto, en primer lugar, los tres llamados “reformadores”: Lutero y la opción por el individualismo; Descartes y la opción por la racionalidad a-teológica y Rousseau como corruptor del mensaje cristiano.

4. Además, el materialismo darwinista, marxista y freudiano han terminado por dirigir al ser humano no hacia lo alto, sino hacia su abajamiento al considerarlo un mero producto de una evolución material, o un ser que se realiza sólo produciendo, o bien un ser movido sólo por sus instintos, respectivamente.

4. Frente a la crisis de humanidad que se experimenta, Maritain propone la vivencia del “humanismo de la Encarnación”, cuyo eje se encuentra en el recurso a la sabiduría. Ésta se vive en el encuentro entre la fe y la razón, respondiendo al dinamismo humano que tiene dos ejes: horizontal y vertical. La consecuencia inmediata de la vivencia de la sabiduría es la personalización del ser humano.

5. La personalización tiene como eje, a su vez, la vivencia del amor entendido como donación de sí al otro, dejándose llevar la razón por la Verdad y la voluntad por el bien.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Obras de Jacques Maritain:

1. *Arte y escolástica*, La Espiga de Oro, Buenos Aires 1945.
2. *El orden de los conceptos. Lógica menor (Lógica formal)*, Club de Lectores, Buenos Aires 1980.
3. *Tres reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau*, Ed. Difusión S.A., 2ª. Ed., Buenos Aires 1968.
4. *Primacía de lo espiritual*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1947.
5. *El doctor angélico*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1942. Prólogo de Octavio Nicolás Derisi.
6. *Distinguir para unir o Los grados del saber*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947 (2 tomos)
7. *Theonas. Conversations of a sage*, Books for Libraries Press. Freeport, New York, reprinted 1969

8. *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981.
9. *Ciencia y sabiduría*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944.
10. *Para una filosofía de la persona humana*, Club de Lectores, Buenos Aires 1984.
11. *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*. Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1966.
12. *Situación de la poesía* (Jacques y Raissa Maritain), Club de lectores, Buenos Aires 1975.
13. *El crepúsculo de la civilización*, Ediciones Quetzal, colección "Nuestro tiempo", México D.F. 1944.
14. *A través del desastre*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile 1941 (traducción de Luis Alberto Sánchez)
15. *Cristianismo y democracia*, Ed. La Pléyade, Buenos Aires, 1971.
16. *Los derechos del hombre y la ley natural*, Biblioteca Nueva, Colección Orfeo, Buenos Aires 1943 (1era. Edición).
17. *La educación en este momento crucial*, Club de Lectores, Buenos Aires,
18. *De Bergson a santo Tomás de Aquino. Ensayos de Metafísica y de moral*, Club de Lectores, Buenos Aires 1946.
19. *La persona y el bien común*, Club de Lectores, Buenos Aires 1981.
20. *Breve tratado acerca de la existencia y de lo existente*, Ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1949.
21. *El alcance de la razón*, Emecé editores, Buenos Aires 1959.

22. *Man and the State*, The Catholic University of America Press, Washington, D.C., 1984.
23. *América*, Emecé Editores, Buenos Aires 1958.
24. *Las nociones preliminares de la filosofía moral*, Club de Lectores, Buenos Aires 1966.
25. *Cuaderno de notas*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1967.
26. *El campesino del Garona. Un viejo laico se interroga sobre el tiempo presente*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1968.
27. *Aproximaciones a Dios*, Ed. Encuentro, Madrid 1994.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: LA SABIDURÍA	4
CAPÍTULO II: LA SABIDURÍA EN LA HISTORIA	16
2.1 LA “SABIDURÍA” EN EL MUNDO PRECRISTIANO.	16
2.2 EL SENTIDO DE “SABIDURÍA” DE LA PRIMERA FILOSOFÍA CRISTIANA.....	18
2.3 EL HUMANISMO ANTROPOCÉNTRICO: CONFUSIÓN DE LA “SABIDURÍA”.	23
2.4 CONSECUENCIAS DEL HUMANISMO ANTROPOCÉNTRICO: HUMILLACIÓN DEL SER HUMANO, DEBILITAMIENTO DEL SENTIDO DE “SABIDURÍA”.	35
CAPÍTULO III: EL “HUMANISMO DE LA ENCARNACIÓN”	43
3.1 MOVIMIENTO DE SÍSTOLE Y DIÁSTOLE	45
3.2 FILOSOFAR EN LA FE	47
3.3 DISTINGUIR PARA UNIR: INDIVIDUO Y PERSONA	49
CONCLUSIONES	60
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	62

DECLARACIÓN JURADA

Yo Rafael Alberto Smedes Casco con código 0019820010 del
Programa Académico Profesional de Filosofía

*dueña
en la
obra de* declaro bajo juramento que la tesis/trabajo de investigación titulada La necesidad de
para vivir como persona, presentada en formato PDF para ser cargado en el
Repositorio Institucional de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, es de mi propiedad

2 *ari*-KAN

Ja

Asimismo, en mi carácter de autor asumo la responsabilidad total de la obra presentada y afirma que los datos consignados en esta declaración jurada son correctos y responden a la realidad. Por último, señalo que la obra es original, ya que sus contenidos son producto de mi directa producción y los datos y referencias a materiales están debidamente identificados con sus respectivas notas bibliográficas y en las citas que se destacan como tal.

Lima de de 20...

Lima, de de 20.....

Arequipa, 6/VI/2021

Rafael Isuodes

Firma

Nombre: c.- *Rafael Isuodes* ..ô--q
07729087

DNI:

2.1 FORMULARIO DE AUTORIZACIÓN

(Repositorio de Tesis — FTPCL)

Rafael Alberto

2.1.1 I.D

AT

OS

DE

L

AU

TOR

Apellidos:	Ismodes Cascón
DNI/CE:	07729087
Correo electrónico:	raic6502@gmail.com
Teléfono:	951 555 235
Escuela Profesional:	Filosofía

a. Grado, Título o Especialización (marcar con una "X")

Bachiller

C) Licenciado

Magister

Doctor

C) Segunda Especialidad

b. Tipo de investigación (marcar con una "X")

Tesis

C) Trabajo de investigación

Trabajo de suficiencia

c.

Título: *La necesidad de la "pobildunio"*

*para vivir como persona en la obra
de Jacques Maritain.*

d.

Asesor: *(No me acuerdo). Tal vez D. Gildower Arist*

Año: *2001*
E. 200 L

3

III. LICENCIA

Autorizo la publicación y registro de mi trabajo de investigación en el Repositorio de Tesis de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima (FTPCL), otorgando a la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima una licencia no exclusiva para reproducir, comunicar al público, transformar (solo traducción a otros idiomas) y poner a disposición del público mi trabajo de investigación (incluido el resumen), en formato físico o digital, en cualquier medio provisto por la Facultad, el Repositorio Digital de Tesis FTPCL, Colección de Tesis, entre otros, por el tiempo y veces que considere necesarias.

Adicionalmente, declaro que el trabajo de investigación es una creación de mi autoría y exclusiva titularidad y me encuentro facultado a conceder la presente licencia; asimismo, garantizo que dicho trabajo de investigación no infringe derechos de autor de terceras personas.

Por último, la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima respetará la autoría del estudiante que realiza el trabajo de investigación,

y no hará ninguna modificación que no esté contemplada en la presente licencia.

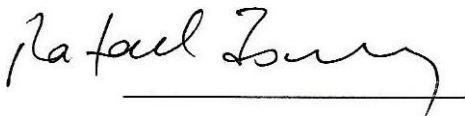
Autorizo la publicación del trabajo de investigación (marque
 con una X)

Sí, autorizo que se publique inmediatamente.

Sí, autorizo que se publique a partir de la fecha (dd/mm/aaaa): 05/ OS/A

O Q I

No autorizo



Firma

06/ v / 9021

Fecha

3.1 ANEXO. A 1: Resumen del trabajo de investigación

El resumen debe ser un texto breve y conciso en donde el lector puede entender de manera rápida el objetivo y el principal aporte de la investigación. Asimismo, es la presentación de la investigación en el repositorio virtual de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, por lo que deberá tener un mínimo de 200 palabras y un máximo de 300 palabras.

El objetivo de esta investigación es descubrir en el pensamiento de Jacques Maritain aportes que sepuedan dar al mundo contemporáneo en la búsqueda y aceptación de la verdad. Nuestro autor denuncia que Occidente ha perdido el sentido de verdad, y puede recuperarla a través de la filosofía cristiana.

El principal aporte de Jacques Maritain estaría, en primer lugar, en invitarnos a la reflexión crítica sobre nuestra situación actual. En segundo lugar, en su profundización acerca de la sabiduría, la verdad y su importancia para la vida auténticamente humana. En tercer lugar, en la relación que encuentra entre sabiduría y personalización.

Esta tesina tiene tres grandes partes. En primer lugar, presenta lo que Maritain entiende como "sabiduría" y los sentidos inadecuados o menos precisos que ese término puede entender. El texto de Los grados del saber ha sido clave para esta primera aproximación. En segundo lugar, esa reflexión se entronca con una visión histórica de diversos filósofos que han descuidado o pervertido el sentido de la sabiduría, conduciendo a la humanidad a la crisis que hoy experimentamos. En tercer lugar, se presentará la propuesta del "humanismo de la Encarnación", o de la sabiduría comprendida como unión sin confusión entre fe y razón.

3.2 ANEXO I.b: Palabras claves del trabajo de investigación

Determinar palabras claves del trabajo de investigación para una búsqueda rápida en el repositorio virtual de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima (mínimo cuatro (04) palabras — máximo siete (07) palabras)

Sabiduría / verdad / filosofía cristiana / humanismo antropocéntrico [p 2-8Y5Dnq